

Umbral de la Memoria

**HISTORIAS DE VIDA DE MUJERES DEL SUROCCIDENTE
COLOMBIANO SOBREVIVIENTES
DEL CONFLICTO ARMADO**

Colectivo de Mujeres Pazíficas
Escuela Política de Mujeres Pazíficas
Cali - Valle

Colombia 2010

Umbral de la Memoria



Escuela Política Mujeres Pazíficas



Colectivo de Mujeres
Paz-ificas

ISBN: 978-958-99610-0-1
OCTUBRE DE 2010

Coordinación del proyecto

Julieth Tamayo
Martha Quintero
Gloria Velasco

Editora

Miryan Zúñiga

Fotografía Portada

Mónica Herrán
Medellín, Colombia 1957. Título de la fotografía
“La serie de lo Entes”, tamaño 180 x 120 cm

Ilustraciones Internas

Clara Inés Restrepo
Selección de la obra pictórica que hace parte de la serie
“Las Dalias Rotas o de la Guerra Erra”
en la que viene trabajando desde 2005

Edición

COLECTIVO MUJERES PAZIFICAS
E-mail escuelapoliticamujerespazcificas@yahoo.com
www.aullemosmujeres.org
www.infogenero.net

Con el apoyo de:



Fundación Mavi

Agradecimientos

Umbral de la Memoria ha sido posible gracias al esfuerzo, inspiración, trabajo solidario y apoyo de muchas personas que creen en la importancia de que la experiencia femenina haga parte de la memoria colectiva.

Queremos agradecer por la confianza y generosidad de las mujeres entrevistadas que compartieron sus experiencias y tiempo.

A Susana Becerra Melo, María Mercedes Tello, José Rodrigo Valencia y a María de la Fuente Eugi, entrevistadoras invitadas.

A Ilse Schimpf-Herken, Luz María Londoño y P. Javier Giraldo
Agradecemos las luces que nos aportan para tratar de “amansar” este pasado.

A nuestra querida Miryam Zúñiga, editora y cómplice de este proyecto, gracias por su generosidad.

Gracias al apoyo de Women Peacemakers Program International Fellowship Of Reconciliation.

Tabla de Contenido

Agradecimientos	7
Prólogo de la editora... Miryan Zúñiga E.....	9
Presentación del Colectivo de Mujeres Pazíficas.....	14
Colombia: Una guerra larga, una crisis humanitaria y la necesidad de hacer historia... Colectivo de Mujeres Pazíficas.....	19
La memoria tiene que ser contada por todas las voces... Entrevista a Luz María Londoño.....	22
La memoria como partera... Entrevista a Ilse Schimpf-Herken.....	34
Dioselina Satinga: Sabor y saber del Pacífico... Entrevista realizada por Norma Lucía Bermúdez.....	41
Edna Carabalí: La teatrera de ‘Aves de Paraíso’... Entrevista realizada por José Rodrigo Valencia.....	55
Paulina Rivas: La fuerza de vivir recordando... Entrevista realizada por José Rodrigo Valencia.....	65
Cuatro historias de desarraigo... Entrevistas realizadas por Gloria Velasco.....	75
Marianela: ¿Y usted también es desplazada?... Entrevista realizada por María Mercedes Tello.....	87
Elvira Puerto y su familia: Nómadas abandonad@s... Entrevista realizada por José Rodrigo Valencia.....	91
Sofía Castro: cerrando ciclos... Entrevista realizada por Marta Quintero y Julieth Tamayo.....	98
María de los Ángeles Henao: Sobrevivir a la huida... Entrevista realizada por Adalgiza Charria.....	111
Margarita Lombana: Florecimiento intelectual y vital... Entrevista realizada por María de la Fuente Eugi.....	122
Manuela: El desplazamiento forzado, una experiencia de abandono... Entrevista realizada por Susana Becerra.....	143
Los daños del olvido: Entrevista al padre Javier Giraldo.....	157
Epílogo de la editora: Miryan Zúñiga E.....	162
Bibliografía de referencia.....	166

Prólogo

Este libro contiene un conjunto de entrevistas realizadas por mujeres del Colectivo de la Escuela Política de Mujeres Pazíficas de Cali, a un grupo de mujeres afectadas por el conflicto armado colombiano.

El Colectivo de Mujeres Pazíficas de Cali está conformado, desde el año 2000, por un grupo de mujeres empeñadas en contribuir a la construcción de una cultura de paz, en el contexto de un país atravesado por múltiples violencias que se han ensañado en particular contra las mujeres. Es un grupo en red, que articula organizaciones no gubernamentales como el Teatro La Máscara, la Casa Cultural Tejiendo Sororidades, la Fundación Mujer, Arte y Vida (Mavi), la Fundación Paz y Bien, la Casa Cultural Tejiendo Sororidades. El Chontaduro, la Fundación Si Mujer, al cual se han asociado además mujeres independientes.

Entre las varias realizaciones de El Colectivo, quizá la más importante es la creación de la Escuela Política de Mujeres Pazíficas que se propuso empoderar a las mujeres para la participación política y fortalecer el movimiento de mujeres de Cali. A la fecha la Escuela ha concluido 8 promociones y tiene 280 egresadas; también ha realizado varias campañas y acciones colectivas por los derechos de las mujeres.

La propuesta pedagógica de la Escuela busca dar oportunidades a las participantes, mujeres todas, de explorar experiencias clave con potencial para comprender, desde las razones teóricas hasta las de la sensibilidad, las condiciones de vida de las mujeres en el contexto de la violencia colombiana. En esa dirección, se comprometió a realizar una serie de entrevistas a mujeres cuyas vidas habían sido marcadas por diferentes tipos de agresión, con el propósito triple de hacer visibles esas marcas en la conciencia social del país; de ayudar a sanar las heridas de esas mujeres mediante la provocación de sus

relatos de vida y la escucha solidaria; y de estudiar y reflexionar sobre las entrevistas en el contexto de las Travesías Educativas Feminismos y Noviolencia (nombre dado a los cursos).

Las entrevistas permitieron construir a las entrevistadas en sujetos autobiográficos capaces de recordar y recrear tramos de sus vidas y de poner en juego su nueva conciencia, generada por la experiencia de vivir y reflexionar sobre lo vivido, en búsqueda no sólo del sentido de sus vidas, sino además, de su proyección hacia un futuro que ellas se han comprometido a construir vitalmente, con toda la fuerza de su carácter de supervivientes.

En consecuencia, aunque la dimensión autobiográfica de los textos es relevante, también lo es de manera complementaria, su dimensión biográfica en la medida en que incorporan en sus relatos, episodios que involucran a sus familiares y vecinos; fragmentos biográficos de sus padres, compañeros e hijos; y descripciones, observaciones y análisis sobre el contexto sociopolítico de sus lugares de origen y de llegada. Es por esto que este libro constituye un aporte a la construcción de memoria histórica sobre conflicto y violencia en Colombia.

La dimensión biográfica de las entrevistas de este texto permite reconocer a las mujeres –al menos las del suroccidente colombiano y pertenecientes a los sectores populares –en sus lógicas, sus límites, su creatividad, su capacidad de resistencia, sus formas de hacer viables sus propias vidas y sus subjetividades, en interacción con las dinámicas sociales de las zonas de conflicto.

Explorar las subjetividades de las entrevistadas es observar cómo el contexto sociopolítico se inserta en sus vidas para constituir las en protagonistas de la historia. Es develar sus visiones de mundo y el sentido de sus vidas, a través de los cuales ellas expresan sus identidades: lo que ellas son, lo que desean ser y lo que se proponen proyectar y expresar ante el mundo. En este sentido, su verdad es “existencial e identitaria, constituyen maneras de establecer

diferencias y filiaciones, formas de individuación y modos de hacer alianzas. Estos puntos de vista no son representaciones de la vida vivida, sino la vida misma expresada como discurso. Al construir el relato sobre la propia vida, se explicitan las formas de dominación y de poder, los mecanismos de control y sujeción incorporadas, resistidas y producidas por el sujeto” (Gómez y González: 1997). Las narraciones aquí contenidas sobre las vidas de las entrevistadas, son experiencias con significado personal, sobre sus secuencias de vida, sobre sus formas de ser, de pertenecer, de diferenciarse y sobre todo, sobre su sentido de vida.

La estructura de este libro integra de manera expresiva diferentes escrituras que prefirieron respetar el acento oral de las entrevistas, e intencionalmente sacrifica una concepción formal de unidad, para aproximarse a la vida y condición de las mujeres como protagonistas de este texto.

El libro contiene dos tipos de entrevistas: (1) el de las mujeres desplazadas y excombatientes del conflicto armado colombiano: Dioselina, Edna, Paulina, Alicia, Nicolasa, Elcida, Cénide, Marianela, Sofía, María de los Angeles, Margarita, Elvira y Manuela, que cuentan sus historias de desarraigo y esperanza; y (2) el de l@s profesionales que han trabajado con ellas y por ello también han transformado sus vidas, además de ofrecer pistas para comprender el significado de hacer memoria en el contexto del conflicto: Luz María, Ilse y el padre Javier.

Por el contenido contextual de los relatos y para evitar cualquier tipo de problemas, “los nombres de las entrevistadas han sido cambiados, excepto el de Paulina Rivas como un homenaje a su memoria y las de las personas que contribuyeron a iluminar el camino de construcción de la memoria histórica” (Luz María Londoño, Ilse Schimpf- Herken y Javier Giraldo).

Las entrevistadoras son feministas, relacionadas con el Colectivo de la Escuela Política de Mujeres Pazíficas de Cali:

- * Norma Lucía Bermúdez: Trabajadora Social con Maestría en Educación Popular; docente, investigadora y activista por la paz y los derechos de las mujeres.
- * Gloria Velasco: Licenciada en Educación y Comunicadora Social; co-fundadora y co-editora de la Revista La Manzana de la Discordia y de la Agenda Mujer; miembro de la Mesa Municipal de Mujeres de Cali, de la Red Colombiana de Mujeres y de la Fundación Mavi.
- * Julieth Tamayo: Comunicadora Social; comprometida con procesos de investigación y acción en Educación Popular y cultura de paz con perspectiva de género, como miembro del equipo de profesionales de la Casa Cultural Tejiendo Sororidades; y Coordinadora de la Escuela Política de Mujeres Pazíficas de Cali.
- * Marta Quintero: Economista; miembro fundadora del Colectivo de Mujeres Pazíficas de Cali y de su Escuela Política; integrante de la Red Colombiana de Mujeres; y consultora en proyectos de desarrollo social con perspectiva de género.
- * Adalgiza Charria: Comunicadora Social y Abogada; reportera, directora y presentadora de programas de opinión en Telepacífico; Documentalista de programas de Colcultura y el Ministerio de Cultura de Colombia con reconocimientos nacionales e internacionales; y directora de proyectos en la Fundación Arte y Vida, Mavi.
- * José Rodrigo Valencia: es el único varón entrevistador del grupo, Licenciado en Educación-Literatura, Profesor y especialista en Relatos de Vida.
- * María Mercedes Tello: Comunicadora Social con especialización en periodismo; directora y realizadora de programas de radio sobre derechos de las mujeres; primera directora de la revista La Manzana de la Discordia; integrante de la Red Internacional de Periodistas con Visión de Género; integrante de la Red

Colombiana de Mujeres; Profesora Universitaria; y Premio como Comunicadora en la Gala de la No Homofobia del año en 2006.

- * 1 Hace parte del equipo del Peace Boat, aportando el énfasis en las perspectivas ambientales y de género. Investigadora y facilitadora en experiencias que construyen salidas pacíficas a los conflictos sociales, políticos y ambientales en el mundo
- * Susana Becerra: Magíster en Teología y profesora de la Universidad Javeriana; miembro fundadora del equipo interdisciplinario del Programa Vidas Móviles. Su entrevista a Manuela es parte de su tesis de postgrado titulada “El Cuerpo de la Mujer Violada y Desplazada: un Lugar en donde Acontece la Revelación-Salvación – Una Mirada de Género”.

Porque para construir memoria es crucial comprender los antecedentes, condiciones y consecuencias del conflicto armado del país desde la perspectiva de las mujeres, finalizo este prólogo con una invitación a leer este libro, despacio, para ir construyendo nuevos interrogantes y reflexiones sobre la realidad colombiana y sobre la condición de las mujeres.

Miryan Zúñiga E., editora
Profesora Titular de la Universidad del Valle
Cali, julio de 2010

Presentación

«Pasado que no ha sido amansado con palabras, no es memoria, es acechanza».

Laura Restrepo

Llevadas más por la intuición que por la comprensión de los significados de la memoria, propusimos realizar desde la Escuela Política de Mujeres Paz-cíficas, con el apoyo de la organización “Women Peacemakers Program” (WPP), historias de mujeres afectadas directamente por el conflicto armado colombiano, sabiendo que la voz de las mujeres es vital para la comprensión de nuestra historia, que ha sido narrada dispersamente en tono masculino. Algunas investigadoras señalan incluso cómo mientras los hombres narran la épica de los eventos de violencia, las mujeres narran el sufrimiento personal, vecinal y comunal de los actores sociales del conflicto; ellas son mensajeras de recuerdos colectivos y del impacto cotidiano de la guerra.

Pero la guerra tiene múltiples rostros y procedencias y si bien las desplazadas sufren un impacto desproporcionado en el conflicto, las dinámicas de la guerra encarnan historias de dolor y resistencias en mujeres urbanas y rurales, víctimas y desmovilizadas, insurgentes y cómplices.

Entonces los rostros de la memoria se amplifican, se proyectan, no solamente en contar historias del pasado, explicaciones de lo que pasó, por qué sucedió, quiénes ejecutaron e incentivaron las dinámicas del conflicto armado, sino también en búsqueda de la comprensión del presente, desde el significado de las resistencias, desde los cuerpos y las huidas que nos entrega el paisaje humano de nuestro país.

Las historias que aquí transcribimos recogen diversos momentos, distintas voces que dan cuenta de la historia oculta del país, vista desde sus aspectos más cotidianos, donde se muestra cómo el conflicto afecta la vida personal y familiar de las víctimas. Las historias nos reflejan lo que ha pasado en el occidente colombiano, desde el Urabá antioqueño en la Costa Caribe hasta Nariño, al sur del país.

Todas estas vidas han llegado a la ciudad de Cali, capital del Valle del Cauca. La ciudad recibe desde los años 80 un alud de migraciones, sin tener condiciones apropiadas para asumirlas. Hay voces de una familia desplazada que vive en la calle de pedir limosna, pues no han encontrado más opciones en una ciudad que los rechaza e ignora; de mujeres negras abruptamente arrancadas de su territorio, despojadas de sus modestos bienes; de una joven que apenas empieza a salir del trauma psicológico causado por el desplazamiento forzado; de una mujer ex militante de un grupo guerrillero; y de otra que ha vivido las violencias derivadas del narcotráfico. La mayoría tiene algo en común: son sobrevivientes, con una enorme capacidad de resiliencia para enfrentar situaciones a veces más duras que las que las obligaron a salir de sus lugares de origen, pues llegan a ciudades desconocidas, hostiles, que igualmente las desplazan y marginan.

También en esta compilación de historias, transcribimos las entrevistas que realizamos a Ilse Schimpf-herken, a Luz María Londoño y al padre Javier Giraldo, quienes nos han ayudado a comprender la hondura de la memoria, pues como dice el epígrafe de Laura Restrepo en su libro Demasiados Héroe, «Pasado que no ha sido amansado con palabras no es memoria, es acechanza».

Por eso al hacer esta recolección de historias hemos visto que desatar las conversaciones, las narraciones, documentar y escribir historias de vida, se va convirtiendo en clave de urgencia para evitar que la sociedad se desarrolle bajo los parámetros de los victimarios.

Colombia lleva más de 40 años continuos viviendo conflictos armados, que se viven de manera distinta en cada región. Cada vez el conflicto armado es más complejo pues sus actores se multiplican y diversifican: guerrilleros, paramilitares, narcotraficantes, narco-guerrilleros, ejércitos oficiales, bandas delincuenciales... Los resultados: una crisis humanitaria de grandes proporciones que así expresa la Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos “una fuerte militarización de la sociedad y de la vida cotidiana con efectos graves para la garantía y el respeto de los derechos humanos de las mujeres en lo público y lo privado. La violencia sociopolítica contra las mujeres y las niñas es sistemática y generalizada, y sigue siendo instrumento de persecución social y política, y un arma de guerra, usada por los grupos que participan en las hostilidades” (Octubre 28/2008).

Las mujeres son víctimas de secuestro, asesinato, violaciones, torturas, desplazamiento, pobreza y exclusión, robo de tierras y prostitución. La casi total impunidad de estos delitos hace que la vida cotidiana para muchas mujeres esté llena de peligros reales contra sus vidas.

Para los movimientos de mujeres, la memoria debe ocupar un lugar preponderante en su agenda de luchas, incluso para ir dejando registro de lo que hacemos, de nuestras luchas y nuestras conquistas.

Colombia ha tenido una voz muy masculina del conflicto: han hablado los políticos, han hablado inclusive los combatientes, han hablado los comandantes, pero la voz de las mujeres ha estado muy ausente y la comprensión que las mujeres tienen de los hechos del conflicto es muy distinta a la mirada que los hombres tienen del mismo.

La voz de las mujeres está mucho más llena de la emoción de la oportunidad, de tocar esas cosas que son del orden afectivo, de lo emocional, no sólo de lo racional, que son de compartir el dolor,

que son de encontrarse, de reconocer que somos distintas pero que somos otras, que nos parecemos y en esa similitud que nos da el ser mujeres, encontrar lo que nos une.

El testimonio de las mujeres tiene un valor fundamental porque son las principales víctimas de las violencias que se viven en las sociedades, son las mujeres las que generalmente tienen que sobrellevar la pérdida de un hijo combatiente o de un esposo o de un familiar. Y son generalmente las mujeres las que tienen la fortaleza, las que tienen la entereza de afrontar este tipo de procesos, como se demuestra en las historias de vida recopiladas.

Es importante que las mujeres hagamos memoria en este país, porque en determinada forma, es una manera de hacer justicia, de hablar por esa víctima que ya no está, de hablar por los desplazados y desplazadas; de hablar por cada una de esas personas que en determinado momento fueron afectadas por la violencia para que eso no se quede en el olvido. Es importante que las mujeres hagamos memoria, porque sólo así será posible pensar, imaginar otra historia, otro país, que reconozca la pluralidad de actores y de perspectivas, no solo la de los dominantes o victimarios; hacer memoria es la única vía para transformar la lógica de la guerra.

Y como lo señala una de nuestras entrevistadas: “La memoria histórica es un derecho que tenemos todos los seres humanos, sobre todo las mujeres. Ojalá que en todos los municipios de todos los departamentos se pudiera tener una memoria histórica; una biblioteca, un muro, algo para que la juventud, la niñez, los adolescentes, todos, vieran lo que pasó y no se repitiera esa tristeza, ese dolor. Memoria histórica sería volver a pasar por el corazón los hechos de la vida de un país para comprenderlos, para analizarlos. También es memoria histórica, la memoria personal, o sea la memoria de lo que ha pasado y lo que nos ha ido haciendo lo que somos, lo que vamos siendo; uno cambia y los países también, igual que las personas; memoria histórica en el caso de Colombia

concretamente, es poder saber qué ha pasado en el país, por qué ha pasado, entender las causas, todos sus protagonistas y eso va dando herramientas para comprender y para transformar”.

Es por eso que entregamos esta recopilación de testimonios de mujeres sobrevivientes del conflicto armado colombiano, para contribuir a la construcción de la memoria histórica de nuestro país, desde las voces de un conjunto de mujeres que llegaron a la ciudad de Cali, buscando emprender la reconstrucción de sus vidas.

Colectivo de Mujeres Pazíficas

Colombia

**Una guerra larga,
una crisis humanitaria
y la necesidad de hacer memoria**

Por:
Colectivo de Mujeres Pazíficas

Colombia cuenta con 45'537.000 habitantes aproximadamente (www.dane.gov.co). Es un país grande geográficamente y muy complejo cultural y políticamente.

Llevamos más de 50 años de guerras sucesivas, sobrepuestas, por regiones. Guerras y conflictos en las que los actores se multiplican: guerrillas, paramilitares, milicias urbanas, pandillas juveniles, narcotráfico, y narco-paramilitares.

Una de las consecuencias de este conflicto armado es la crisis humanitaria; son miles de personas y familias que van huyendo de algún peligro, de una amenaza, de la pobreza y buscando un lugar tranquilo para vivir.

Un total de 2,4 millones de colombianos ha tenido que dejar su pueblo o ciudad desde 2002, según un informe difundido en enero de 2010 por la organización no gubernamental Consultoría para



los Derechos Humanos y el Desplazamiento (CODHES). Esos 2,4 millones de personas, según el Informe, suponen el 49 por ciento de los 4,9 millones de desplazados que ha dejado la guerra interna en los últimos 25 años.

En el año 2009 la región del Sur Occidente de Colombia que comprende los departamentos de Nariño, Valle del Cauca y Cauca, así como la Costa Pacífica, registró 722.265 desplazados (1). De esta extensa región, el Valle del Cauca es el departamento con mayor “progreso”, razón por la cual tal vez en el 2009 recibió 137.718 personas desplazadas. Su capital, la ciudad de Cali, con 2'219.633 habitantes, es la ciudad del país con la tasa más alta de inmigración. Una ciudad que se ha convertido en receptora de la población migrante del Sur Occidente del país; ciudad refugio, ciudad de la esperanza de un empleo, ciudad de oportunidades para el estudio, ciudad para camuflarse, para mimetizarse para huir del peligro.

Según la Defensoría del Pueblo del Valle del Cauca, la Unidad de Atención y Orientación al Desplazado (UAO) de Cali, cada mes logra atender un promedio de 350 personas. Su trabajo inicial consiste en caracterizar y tomar la declaración de las personas que llegan en situación de desplazamiento forzado (www.defensoria.org.co); luego debe acometer la tarea de orientación y ayuda, que generalmente se ofrece por tres meses.

Aunque esta ciudad ha vivido una fuerte afectación por el fenómeno y la cultura del narcotráfico, ella atrae a muchos caminantes, con su brisa, su calor, la amabilidad y hospitalidad de sus gentes, sus calles bullosas y concurridas y sus semáforos habitados por vendedores ambulantes. Aquí llegan personas de todo el país, especialmente del suroccidente colombiano, como lo demuestran los testimonios de las mujeres entrevistadas en este libro.

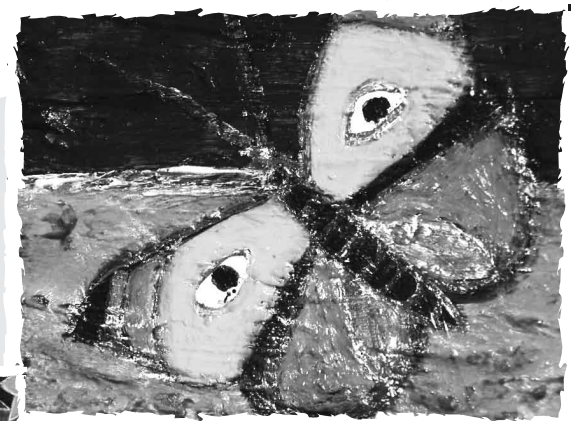
El Colectivo de Mujeres Pazificas de Cali, viene trabajando desde el año 2000 por los derechos de las mujeres y por la construcción de paz. En esta tarea nos hemos propuesto visibilizar las consecuencias del conflicto armado en la vida de las mujeres, en sus cuerpos, en

sus proyectos de vida, en sus relaciones afectivas y en sus familias, así como destacar sus formas de resistencias y sus apuestas por la supervivencia, la vida y la paz.

Para las mujeres, este largo conflicto armado ha tenido múltiples consecuencias y ha reforzado y agudizado las discriminaciones y violencias que el sistema patriarcal legitima en la vida privada y pública: “En el campo de guerra, las mujeres son víctimas de prostitución forzada, esclavitud sexual, violación, trata de personas, hostigamiento, violación y abusos sexuales. Una de las formas de dominio de los actores armados sobre las mujeres es el control afectivo, que va desde el chantaje, el control del territorio, la desaparición de personas de la familia y la comunidad, con el propósito de generar terror y obtener obediencia.” (Colombia VII Informe Violencia sociopolítica Mujeres 2007-2008) . En esta confrontación, las mujeres han sido principalmente víctimas, pero también han participado de diferentes maneras en los grupos beligerantes, como se observa en algunos relatos de este texto.

El conjunto de los testimonios aquí presentados quiere ser una muestra de la diversidad de historias, de miradas, de perspectivas y también de los tiempos y los escenarios en los cuales 13 mujeres han sido afectadas.


Esperamos que esta memoria nos ayude a comprender la urgencia de construir la paz desde una equidad que se viva cotidianamente y desde la erradicación de las violencias y las injusticias contra las mujeres.



La Memoria

Tiene que ser contada por todas las voces

Entrevista a:
Luz María Londoño
Profesora de la Universidad de Antioquia



Soy paisa, de Medellín, Antioquia. Psicóloga y después de muchos años de trabajar en el campo de la psicología en todo lo que tiene que ver con violencia sexual, hice una especialización en investigación en la universidad de Antioquia y desde entonces estoy trabajando en este campo.

He tenido el privilegio de poder trabajar en lo que es investigación con actores sociales muy distintos; con algunos que yo nunca me imaginé. Empecé trabajando con mujeres y familias desplazadas; estas personas me permitieron conocer esa historia del conflicto desde la voz de quienes habían sufrido el desarraigo y eso te da una perspectiva de lo que pasó. Después tuve la gran fortuna de empezar a trabajar con los otros sectores que han estado directamente relacionados con el conflicto: con las mujeres que en algún momento de su vida habían hecho parte de alguno de

los grupos armados; ellas tenían otra visión sobre el conflicto: por qué pasó, por qué fue y por qué estuvieron allá. Y más recientemente he trabajado con las víctimas del conflicto.

Este trabajo me ha permitido reflexionar sobre lo que es memoria histórica, la cual es para mí la memoria de los hechos que nos han constituido en lo que somos, con los recuerdos del pasado, de lo que ha sucedido en nuestros países y en nuestras comunidades. Creo que también es la memoria personal. Es decir, la memoria histórica, es la memoria de lo que nos ha pasado y de lo que vamos siendo. Una cambia, cambia, cambia... y los países también. En el caso de Colombia, la memoria histórica es poder saber qué ha pasado con nuestro país y por qué ha pasado lo que ha pasado; es entender las causas del problema y es entender quienes han sido los protagonistas, lo cual nos da herramientas para transformar una situación problemática que existe desde hace mucho tiempo: es una vieja historia atravesada por un conflicto armado. Creo que pasa lo mismo con la memoria histórica de las personas: saber cómo hemos sido, por qué hemos sido, cómo hemos cambiado.

Hacer memoria histórica ayuda a comprender; tiene que ver con recordar; la memoria histórica es una expresión con un origen muy lindo: ¡volver al corazón! Así, la memoria histórica quiere decir volver a pasar por el corazón los hechos de la vida de un país para comprenderlos, para analizarlos. Yo hablo como psicóloga; pero al país no se lo puede acostar en un diván como nos acuestan a los que tenemos procesos de psicoanálisis; no podemos decir “recuéstese y recuerde su vida”; con el país lo hacemos de manera distinta.

Para hacer memoria histórica de un país, se necesitan todas las voces, porque cada una de las personas, los sujetos de la historia, ven y entienden desde lo que cada uno hizo, desde su entorno. Entonces pienso que mientras más voces recoja, esa memoria será una memoria más incluyente, mas integradora, porque proviene de distintos lados y por ello se tienen más elementos para comprender la situación.

La memoria se hace a pedazos; mucho más cuando recoge situaciones como la guerra, que es traumática. Quizá lo que yo he aprendido, es que finalmente la guerra ha traído dolor para todos los bandos, para todos los que han estado a un lado y a otro; pero porque son hechos tan dolorosos, con más razón es necesario trabajarlos para poder sanar y para poder recuperar la memoria.

Completando el Muro.

Después de charlas muy largas con mujeres desmovilizadas y con mujeres víctimas, ellas han dicho: “recordé; hablando recordé...” Una mujer que yo quiero mucho me decía: es como si mi vida fuera un muro de ladrillos con muchos huecos y a medida que voy hablándole, voy pudiendo completar ese muro. Creo que los hechos traumáticos de la guerra requieren mucha elaboración.

Cuando somos las mujeres las que hacemos memoria, es muy importante “hablarse” en comunidad de mujeres. Yo creo que las mujeres y los hombres vivimos, sentimos y nos paramos frente a la vida de modo distinto; creo que para las mujeres ha sido fundamental la posibilidad del encuentro entre mujeres y poder decir “a vos también te pasó”. Creo que parte de la memoria histórica es que no es algo personal, no se puede quedar en una reconstrucción personal, sino que tiene que ser una construcción colectiva de sentido, donde tu sentido se junta con mi sentido y entonces se abre un horizonte más amplio que permite una mayor comprensión.

El sufrimiento teje los relatos, por eso es político.

Yo pienso que las mujeres históricamente hemos sido hacedoras de memoria. Pensaba hoy por ejemplo, que antes de que las mujeres hubieran salido con tantas posibilidades al mundo de lo público, ellas tenían espacios colectivos donde reconstruían sus conocimientos y compartían sus experiencias. Sabemos de la quema de brujas, que eran mujeres que se volvieron amenazantes por lo que sabían y por lo que compartían, pues su saber se transmitía sólo entre mujeres. Yo creo que este país ha tenido una voz muy masculina del conflicto; aquí han hablado los políticos, han hablado incluso los

excombatientes, han hablado los comandantes; sí, creo que la voz de las mujeres ha estado muy ausente y creo que la comprensión que las mujeres tenemos de los hechos del conflicto es muy distinta a la mirada y a la comprensión de los hombres.

Creo que esa voz de las mujeres está mucho más llena de la emoción, de la posibilidad de contar cosas que son del orden afectivo y emocional, no solo del orden racional; son voces que saben compartir el dolor, que saben de encuentros, que pueden reconocer que aunque tú y yo somos distintas, ambas somos otras; son voces que nos permiten reconocernos en esa similitud que nos da el ser mujeres y encontrar lo que nos une, aunque tú y yo seamos distintas; eso es algo que me ha impresionado muchísimo en la investigación.

A mí me impresiona mucho - trabajando con desmovilizadas, con víctimas y con mujeres políticas - descubrir cómo el centro de su relato sobre la guerra es el dolor por la pérdida de los hijos; eso teje todos los relatos de las mujeres, eso es político. Porque político no es hablar de estrategias de lucha, ni de número de bajas; creo que lo que es eminentemente político es el sufrimiento; creo que reconocer esto, es darle al país una visión bastante más humana y es un aporte inmenso en términos de buscarle salidas al conflicto. Las mujeres han sido unas sobrevivientes especiales del conflicto, porque se las han ingeniado para sobrevivir en las condiciones más adversas y sin embargo, resistir con dignidad: ¡uno no sabe de dónde sacan fuerzas! Porque las mujeres, con o sin hijos, se han acercado con mayor compromiso a la posibilidad de la creación de la vida. Ellas saben también medir lo grave que es la destrucción de la vida y por eso le aportarían mucha más humanidad a la comprensión y solución de los problemas del país.

Yo pienso que quizá porque este conflicto ha sido tan largo, ha dado oportunidad a distintas generaciones de mirarlo, de vivirlo y de tratar de comprenderlo. Una de las grandes sorpresas cuando nosotras empezamos a trabajar en este último proyecto -el proyecto inicialmente se llamó: voces de mujeres, desde diversas orillas, sobre verdad, justicia, reparación y reconciliación-, es que las

orillas donde están estas mujeres, no han sido tan tajantes, tan perfiladas; no es fácil decir: aquí están las víctimas, aquí están las combatientes, aquí las activistas; porque son muchos años en los cuales ellas han trajinado con el conflicto y todas ellas, las de la insurgencia (las guerrilleras) o las de las Autodefensas Unidas de Colombia (las paramilitares) son mujeres víctimas y esa frontera de víctima-victimario ha sido como una dicotomía radical.



Para mí en Colombia no existe la justicia para las víctimas; pero eso tiene que darse; sí, la justicia para las víctimas tiene que darse; lo que tenemos que idearnos, es en qué términos y saber quiénes han sido las víctimas de este país. Entonces hay que empezar a abrir la mirada.

En estos días leía un trabajo de una chica de la Universidad de los Andes, con mujeres desmovilizadas de las autodefensas, AUC; ella escribía en la Introducción: “yo les agradezco a ustedes que me han permitido

entender más la cosa y sobre todo, me han permitido entender qué es; porque yo no puedo juzgarlas a ustedes tan fácilmente; porque es que simplemente la vida es cuestión de oportunidades y yo sé que ustedes no han tenido las oportunidades que yo he tenido”. Entonces me acordé de algo que dijo el maestro Estanislao Zuleta sobre la libertad; él decía que la libertad es oportunidad, yo no soy libre para estudiar si yo no tengo oportunidades para estudiar; entonces es un

poco eso; entender que nos movemos en una u otra orilla en distintos momentos del conflicto y del tiempo de la historia del país; es entender que la historia ha cambiado inmensamente, se ha transformado. En algún momento estuvimos en una parte, en otro en otra y eso es muy bonito. Eso nos permite ser menos radicales en muchos juicios, pero al mismo tiempo, ser infinitamente radicales en que la memoria tiene que ser contada por todas las voces.

No es nada original lo que voy a decir: hacer memoria en un país que sigue con el conflicto vivo, no es fácil. En un país que sigue atravesado por el conflicto por unos intereses políticos inmensos, hacer memoria es también riesgoso. He aprendido a tener esa claridad; incluso he vivido situaciones difíciles, porque nosotras las psicólogas, una de las cosas que hacemos justamente,

es grabar siempre con el consentimiento de las mujeres; incluso a veces ellas dan el consentimiento y dicen no tener problemas con su voz o con las imágenes; pero sin embargo a la hora de editar, a veces dicen: yo no me atrevo, yo sé que ahí hay riesgos.

Creo que el país sigue atravesado por intereses; creo que la paz no está cercana y que en un país tan convulsionado, en donde se mueven intereses tan distintos, en cualquier momento el conflicto se puede agudizar y reaparecer transformado. Yo creo que hay riesgos para la vida y para la tranquilidad de esas mujeres con las que yo he trabajado.

Los riesgos los hemos vivido en carne propia por muchos años, pero le hemos pasado por encima al conflicto. En estos días leía, no sé a quién, creo que a Gonzalo Sánchez, que este es un país donde aprendimos a pactarlo todo; nos da tanto miedo el conflicto, que aprendimos a pactarlo todo; bueno, no, no, no le pongamos más tiza a eso, no le pongamos leña al fuego. Pero yo creo que las cosas hay que elaborarlas; que las cosas no se pueden tapar, ni ponerles pañitos de agua tibia, porque aquí hemos pasado años negando que haya causas estructurales del conflicto, a pesar de ver que las mujeres que se desmovilizan del conflicto, han sido las obreras de la guerra y de reconocer que cuando decimos “mire, ha pasado esto y esto y esto y por qué y quiénes”, los riesgos son muchos; el conflicto es permanente y el clima sube y baja; hay además un riesgo que a mí me aterra mucho: el de la insensibilización frente al conflicto.

Me parece terrible vivir como protegida con una capa, para que el conflicto no me toque, para que nada me duela mientras yo esté bien; que me dé igual que pase lo que pase; porque eso es destruirnos como colectivo, como comunidad; eso no me parece; pues puede sonar como muy apocalíptico, pero yo creo que si aquí no paramos y hacemos de verdad un proceso real de reconstrucción de memoria, no sé qué les va a quedar a las futuras generaciones: un país falso, un país montado sobre unos discursos que se pueden caer en cualquier momento. ¡Eso me parece horrible!

Más allá de la verdad judicial.

Yo creo que una memoria tiene que incluir las voces de los comandantes y de los que estuvieron al frente, pero más allá de los estrados judiciales; yo creo que ese es un escenario necesario,

pero en un país que ya no esté en el conflicto. Creo que esa verdad judicial, en medio del conflicto, no es la que nos va a permitir encontrar la reconciliación; tienen que haber otros escenarios que no son el de la justicia legal y no se refieren exclusivamente a la pena que tiene que pagar los victimarios, aunque eso es necesario. Se necesitan escenarios que abran la posibilidad de escuchar a todos los participantes del conflicto, especialmente a los que menos han estado, los que tradicional e históricamente no han hablado cómo son las negritudes, los indígenas y las mujeres.

Estuve hace poco en un congreso de desmovilización en Cartagena; había una gran parafernalia, cosas muy interesantes; pero el gran ausente fue la voz de los y las excombatientes a pesar de que era un congreso sobre desmovilización!. Hasta cuándo van a seguir hablando sólo quienes se supone que saben sobre estos temas; pero quienes han vivido y sufrido la desmovilización, quienes se han ido a la guerra, no tienen voz para contar qué pasó, por qué pasó, que hicieron, etc. Creo que esas voces, a las que no se las ha invitado a hablar, pertenecen a los que han hecho la historia y la siguen haciendo; por eso hay que abrirles espacio para que cuenten su experiencia.

Así entonces, la participación de todos puede construir la memoria del país. Eso no es fácil y eso no le gusta a mucha gente, pero creo que el compromiso real con la democracia, es abrir espacios para que participen todas las voces, a pesar de la existencia de muchos intereses que las quieren mantener acalladas, como las de los indígenas y la de los afro-descendientes. Estoy hablando de grandes intereses económicos, de grandes intereses políticos, que hablan de la democracia, pero que auspician procesos que están muy lejos de ser democráticos. Por eso persisten las cadenas de víctimas desde hace muchos años, desde los cincuenta durante la época de la violencia en Colombia; son víctimas que constituyen generaciones sobrevivientes de la violencia.

Las mujeres jalonan los recuerdos

Yo voy a hablar de las mujeres, no porque excluya a los hombres de la posibilidad de hacer memoria; es que me parece que así hayan sido generalmente los hombres quienes han dado cuenta sobre lo que ha pasado en este país y así la voz de las mujeres esté empezando a surgir con mayor fuerza, creo que a ellas les corresponde una responsabilidad muy grande. La gente me reprocha por echarle más cargas a las mujeres; pero es que ¿qué hacemos?. Yo creo que nos corresponde jalonar a los hombres; es que aunque los hombres son nuestros co-equiperos y ambos, hombres y mujeres, habitamos el planeta Tierra, en estos momentos las mujeres somos las que debemos hacer la memoria por varias razones.

Una, porque las mujeres tenemos una gran necesidad de hablar, hay una mujer investigadora hindú que se llama Behn Adass que dice que cuando uno habla con mujeres víctimas, primero ellas tienen recelo y lo expresan diciendo “es que yo no te cuento, porque no sé qué terreno estoy pisando”, o cuando trata de hablar con mujeres desmovilizadas ellas dicen “pues, ¿quién eres tú?”; pero cuando se dan cuenta de que hay alguien que puede escucharlas sin juzgar, ellas hablan y hablan sin parar. Es que no hemos hablado en mucho tiempo!; por eso veo tan importante el papel de las mujeres, porque hemos estado silenciadas mucho tiempo, porque tenemos una gran necesidad de narrar; porque estoy segura que nuestros discursos le pueden dar espacio a lo que no se ha tenido en cuenta dentro de lo que son las grandes cosas de la política, pero que está en lo cotidiano, ahí donde se encuentran unos aprendizajes impresionantes para la convivencia.

Dos, porque las mujeres teniendo la posibilidad de la natalidad, la posibilidad de albergar en sí mismas a un otro diferente a ellas, están más comprometidas con el mantenimiento de la vida, que con su destrucción; esto me parece que marca cosas muy importantes en las mujeres. Tal vez por ello, ellas pueden reconocer al otro que aunque hubiera estado en el otro bando, pueda merecerles su complicidad, porque hay algo que las acerca. Entonces yo creo que las mujeres son buenos canales de comunicación.

Tres, porque las mujeres le damos importancia a los detalles; recordamos la cara de la otra y a los 10 minutos de presentarnos ya somos amigas íntimas; las mujeres usamos toda clase de complicidades que pueden impulsar los procesos de memoria.

Yo creo que sin memoria, sin memoria histórica, lo demás, la reparación y la reconciliación, son imposibles. Y quiero aclarar que cuando yo hablo de la posibilidad de las mujeres como impulsoras, como apoyos de procesos de memoria, no trivializo. Es que las mujeres nos podemos encontrar, ver más allá del rostro de los otros, descubrir sus sombras, compartir sus dolores y dejarlos narrar su experiencia, lo que hizo, por qué lo hizo y sobre todo, reconocer quiénes somos.

Comprender para reparar.

Ahora cuando me preguntan sobre memoria histórica, reparación y reconciliación, decía por ejemplo, que estuvimos hablando con las mujeres Wayuu, unas mujeres que fueron víctimas de una terrible masacre paramilitar, la de Bahía Portete y ellas nos explicaban que ellas tienen en su cultura una forma de tramitar todos los conflictos. Allá tienen quiénes dirigen, guían y orientan esos procesos: los palabreros. Ellos son los conciliadores, pero hacen su trabajo de una manera muy distinta a los jueces; ellos tienen sus formas de reparar los daños causados; ellos tienen algo que se parece a nuestra indemnización y es que parte de la reparación, es una reparación económica; ellos tienen tasados los daños causados con la correspondiente parte económica; usan objetos a los cuales le asignan determinados valores; por ejemplo, utilizan unos collares cuya extensión depende de la magnitud del daño causado y hablándonos de lo que pasó en Bahía Portete, ellas decían: “en nuestra cultura simplemente eso es irreparable, porque en nuestra cultura no se puede concebir que hayan matado a mujeres y niños; eso no está en la cultura; eso se salió de nuestro esquema y por ello preferimos dejárselo a la justicia ordinaria, porque en nuestra cultura eso es irreparable”. Entonces yo decía que en un país que tiene tantas diversidades de todo tipo, solamente cuando podamos incluir todas esas voces hablando sobre lo que pasó, lo que significó, podremos buscar juntos salidas de reparación y emprender procesos de

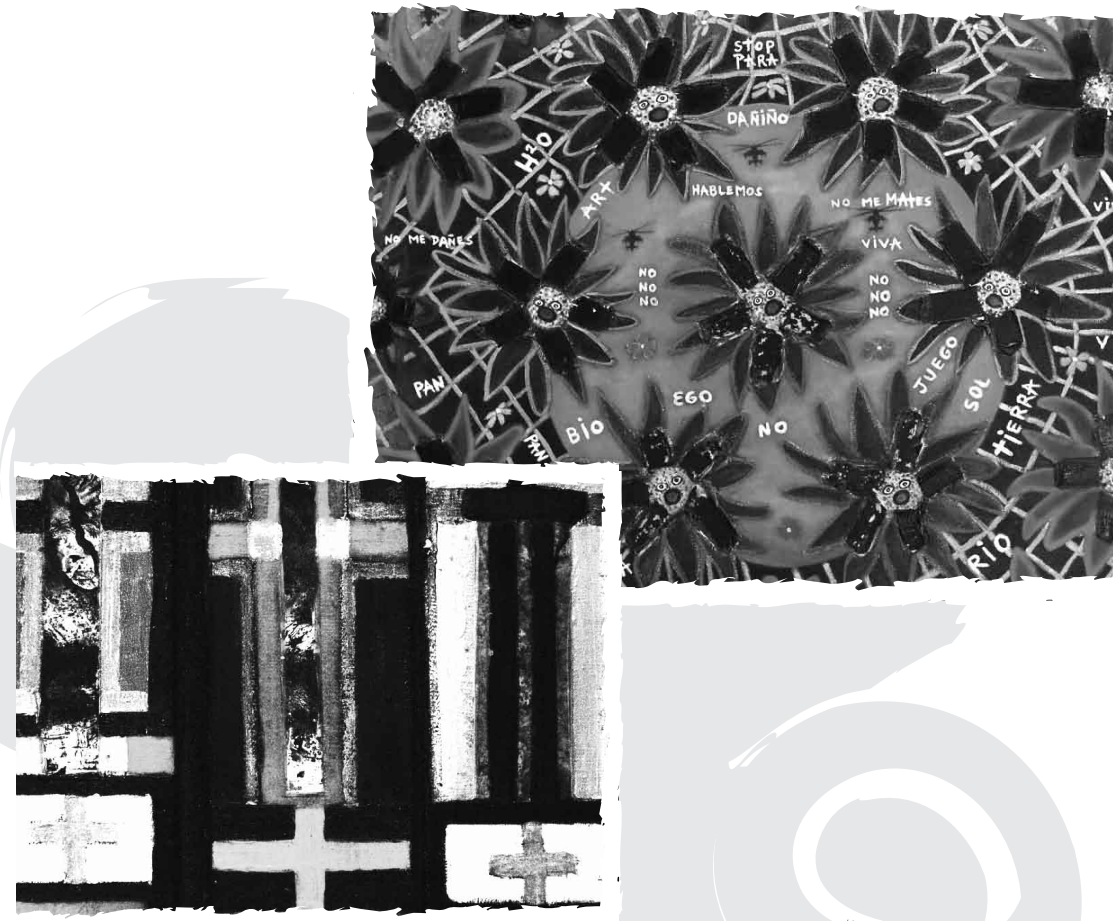
reconciliación; procesos en donde en algunos casos habrá perdón y en otros no habrá perdón; pero por lo menos podemos discutir sobre ¿cómo hacemos para poder convivir sin exterminarnos?. Si no somos capaces de leer lo que significa una masacre para las mujeres Wayuu o si no somos capaces de leer lo que eso significa para las indígenas del Naya, si esas voces no están incluidas, cualquier cosa, incluso los parámetros de la justicia internacional, no nos servirá. Esos parámetros, nos podrán orientar, nos podrán dar luces, pero solo en la medida en que comprendamos las distintas significaciones que ha tenido el conflicto para las distintas regiones y culturas del país y para las personas, hombres, mujeres, niños, jóvenes, niñas. Sólo entonces podremos emprender eso de reparar.

Por eso a mí la reparación administrativa me parece pobre, porque eso no se decreta; tendría que surgir en un momento de un proceso de consulta y que se dé también el espacio para que comunidades que tienen otras maneras de concebir y de valorar la vida y el daño que les ha causado el conflicto, puedan introducir ahí sus demandas, sus peticiones para poder volver a vivir, a convivir en este país.

Pedagogía de la memoria, pedagogía de la escucha.

En estos procesos de búsqueda de caminos para construir la paz en este país, hay que hacer pedagogía de la memoria. Para ello, yo empezaría por propiciar espacios de escucha, lo cual puede ser muy fácil decirlo; pero en un país en el cual todavía hay tanto riesgo, tanta desconfianza, tanto temor, yo no pensaría en nada que fuera muy sofisticado, yo pensaría mejor en la posibilidad de crear espacios de escucha, de actores sociales que se movieron de distinta manera frente al conflicto y específicamente de las mujeres. En lo que yo he trabajado, he tenido muchas ganas de hacer, por ejemplo, documentales. Yo soy investigadora y estoy buscando cada vez más el lenguaje audiovisual, porque pienso que los chicos y las chicas que vienen detrás de nosotros no son del lenguaje del texto, son mucho más de la imagen y del sonido. Por ejemplo, me encantaría hacer audiovisuales para niños; debe ser muy complejo, porque son historias muy difíciles de contar; pero me encantaría que los chicos en las escuelas puedan ver videos que cuenten cosas del país, no

se las podremos ocultar; tendremos que buscar nuevos lenguajes. Pero bueno, esa es la vida de los niños de este país; ellos lo saben, otra cosa es que no les queramos hablar de esto. Qué maravilla que en este país pudiéramos contarles a los niños trozos de esa historia y que los niños puedan hablar, ellos también tienen cosas que decir; pero los niños tienen muy pocos espacios para la palabra; pensamos que ellos no tienen que ver en esto, pero pienso que tienen muchas cosas adentro que sería maravilloso que sacaran. Yo me soñaría unas historias sobre el país para los niños; pero sobre el conflicto y sobre el dolor del conflicto y sobre qué hacer para vivir distinto y escuchar a los niños. Yo ando en eso, en escuchar.



La Memoria

Como partera

Entrevista a:
Ilse Schimpf-Herken
Instituto Paulo Freire de Berlín



Soy una mujer que nació en la posguerra, yo he vivido una Alemania que todavía, a pesar de que ya no estaba Hitler, conservaba las estructuras de obediencia; una estructura, muy autoritaria de nuestro pueblo, donde todo tiene que estar en orden. Entonces tal vez la gente vivía con la vergüenza por todo lo que había pasado y durante los veinte años después de la guerra no intentaron buscar la explicación al Holocausto.

Entonces por los años setenta, la primera reacción vino de los estudiantes; en el movimiento estudiantil cuestionábamos la falta de ética; porque teníamos profesores que habían sido nazis hasta hacia muy poco y luego nos enseñaban filosofía y eso no podía ser; necesitábamos establecer confianza frente a lo que era el nuevo discurso público; por ello queríamos que salieran de sus puestos los jueces y los políticos que antes eran nazis, porque pensábamos que si queríamos reconstruir la democracia, tendríamos que tener confianza en los valores democráticos.

La segunda reacción creo que vino del movimiento de las mujeres que recuperó el cuerpo y la sexualidad. Es que el cuerpo es también expresión de lo que una persona ha vivido y si la persona ha vivido en el orden y en la fila, el cuerpo aprende a no sentir nada, a no llorar nunca, a mantenerse separado de las emociones. De esta manera, un cuerpo rígido no puede expresar la ternura, ni sentir lo que el otro sufre. Pero era el tiempo de la píldora y las mujeres aprendimos a manejar con más autonomía nuestros cuerpos, a establecer otro tipo de relaciones con la pareja y a entender que las estructuras autoritarias podían superarse.

¿Qué le hace la violencia a los pueblos?

Desde hace 30 años soy una amiga que vive entre América Latina y Alemania, porque como alemana de la posguerra me di cuenta que en mi país había tanto silencio, tanta vergüenza por lo que mis padres habían vivido, que yo realmente necesitaba salir de mi país para encontrarme con otras culturas y tratar de entender lo que hace la violencia con un pueblo. Pero cuando me di cuenta en los años setenta, que había guerras en casi toda América Latina, que había guerrillas y que, también allí, como secuela en las guerras, se creó el silencio, entonces me sentí tan identificada, que me dije bueno, ahora sí puedo regresar a Alemania y empezar a trabajar este silencio con mi pueblo.

Pero necesitaba entender que como fruto de la violencia, cuando la gente está con tanto miedo no sabe hablar con su palabra; y que cuando la violencia es tan generalizada y tan normalizada, mucha gente piensa que es parte de la vida y ni siquiera se dan cuenta que ellos están viviendo sus silencios como fruto, como secuela de estas experiencias dolorosas. Entonces empezamos con todo un grupo de mujeres, del movimiento de las mujeres en Alemania, a darnos cuenta que las mismas mujeres alemanas también habían participado en el Holocausto.

Siempre se dijo que las mujeres fueron víctimas, que ellas no tenían nada que ver. Pero cuando empezamos a hacer historias de vida, nos dimos cuenta que las mujeres colaboraron con el holocausto,

haciendo las listas para mandar a la gente a los campos de concentración; tal vez las mujeres no eran las líderes que tomaban decisiones sobre todas estas cosas, pero ellas también participaron en esto.

Memoria histórica:

Buscar en el presente las lógicas de la violencia.

Para mí, memoria histórica no es solamente contar historias sobre el pasado, sino buscar en el presente la lógica que nos permita entender por qué somos como somos. Sabemos que durante las dictaduras, durante las guerras, la gente al hablar se fortalece y que escuchando a los otros, se puede entender la propia historia. Por eso para mí un camino muy importante ha sido el trabajo biográfico, porque escuchando las historias de otras personas me he dado cuenta que yo tengo muchas cosas guardadas y he ganado fortaleza para superar todos mis miedos guardados.

Estando en este momento en Colombia, pienso que el mismo hecho de poder juntar a personas para que cuenten, no solamente el dolor, sino cómo alguna lo superó y cómo salió de esa condición, alienta a pensar que una también puede hacerlo. También permite entender muchas cosas de tu vida, por ejemplo, por qué en la familia se negó siempre la violencia de tu papá a tu mamá... Antes no tenía estrategias para entender eso. Y cuando ahora hacemos estas reuniones y las mujeres se escuchan, se siente su rebeldía, se siente que realmente ellas necesitan estas reuniones para entender mejor esa violencia.

Por eso tenemos que hacer un trabajo de recuperación de la dignidad de cada persona y entender lo que hay en el mismo discurso dominante. Por ejemplo, en este momento cuando muere un soldado de Estados Unidos en Irak, le hacen por televisión una presentación, dicen su nombre y señalan que ha muerto por la bandera. Pero no hay duelo por los miles y miles de iraquíes que mueren como consecuencia de esta guerra; así permitimos que haya una sociedad donde se hace una escenografía con banderas y todo para justificar la guerra. Creo que la memoria histórica,

cuando estamos recuperando a nuestros seres queridos, es para hacer de ellos parte valiosa en esta sociedad y no para permitir que se justifique su muerte, pues aceptarlo es darle el poder a los poderosos.

La importancia de los rituales

Personalmente trabajo mucho el tema del pasado, no desde el individuo y sus traumas sino a través de los rituales, porque una comunidad se crea no solamente porque hay un jerarca o hay un poder que desde arriba dice que somos un pueblo, sino porque hacemos muchas cosas –rituales- para sentirnos parte de y cuando nos sentimos parte de, ya no tenemos tanto miedo. Entonces tenemos que reflexionar sobre las fortalezas que nos pueden dar los rituales para controlar las fuerzas que han mantenido la violencia en Colombia por mucho más de cuarenta años.

Tenemos que hurgar sobre las fortalezas de nuestra cultura, sobre los rituales que fortalecen una sociedad democrática; porque la iglesia tiene rituales en la misa y en las fiestas religiosas, pero están inscritas dentro de lo que es la jerarquía de la fe católica o de la fe protestante y en consecuencia no construyen realmente un tejido social de resistencia, porque las iglesias siempre han trabajado para lograr la obediencia.

Tenemos que crear rituales –eso es algo que en Alemania también estamos tratando de hacer. –Pero no se trata de esos rituales colectivos frente a la bandera todos los lunes; sino que tenemos que realmente pensar cómo transformar esos rituales en rituales sociales; en rituales donde realmente cada persona quiera pertenecer, con toda una simbología y sentirse parte de. Por eso en las escuelas estamos discutiendo con los profesores y con los directores sobre la razón de las filas, la bandera y la jerarquía; y estamos sugiriendo por ejemplo crear un círculo todos los lunes para conversar sobre lo que los niños han hecho durante la semana y pensar en crear otros rituales que nos hagan compartir mirándonos a los ojos.

Tenemos que pensar cómo influir en el discurso dominante, porque no es suficiente solamente que nosotros hablemos de nuestros derechos, y hagamos toda clase de ejercicios para aclarar toda esta injusticia. Tenemos que hacer un esfuerzo desde la sociedad civil para crear realmente un espacio de diálogo. En Alemania llamamos a esto “die imaginäre des Selbst wird gestärkt durch die Bilder eines anderen”; es decir, el imaginario de lo propio se fortalece a través del imaginario del otro, porque necesitamos la construcción del otro para construirnos nosotros. Y el nosotros siempre está encima y si nosotros tenemos eso claro, reconocemos que nosotros tenemos la responsabilidad de crear estos diálogos; esa no es la responsabilidad de la víctima, esa debe ser la responsabilidad nuestra, porque no puede ser que tú estés llorando así cada vez que hablas sobre esto. Te estás re-victimizando porque estás dolida; por eso yo quiero que tú sientas que hay una sociedad civil fuerte que está a tu lado.

En esto comparto lo que plantea el filósofo Emmanuel Lévinas, que nos dice que “es el otro el que me hace ser”; es decir, cuando realmente quiero entender al otro, yo abro toda mi sensibilidad y allí de repente nace algo en mí que sin ti jamás hubiera desarrollado; entonces necesito que tú me regales tu corazón para que yo, por fin, sea persona, pero con toda la convicción y la ternura, para luchar por la creación de un mundo solidario. Necesito que tú me regales tu corazón para que yo, por fin, sea una persona, que con toda la convicción y el amor del mundo, luche solidariamente por este planeta.

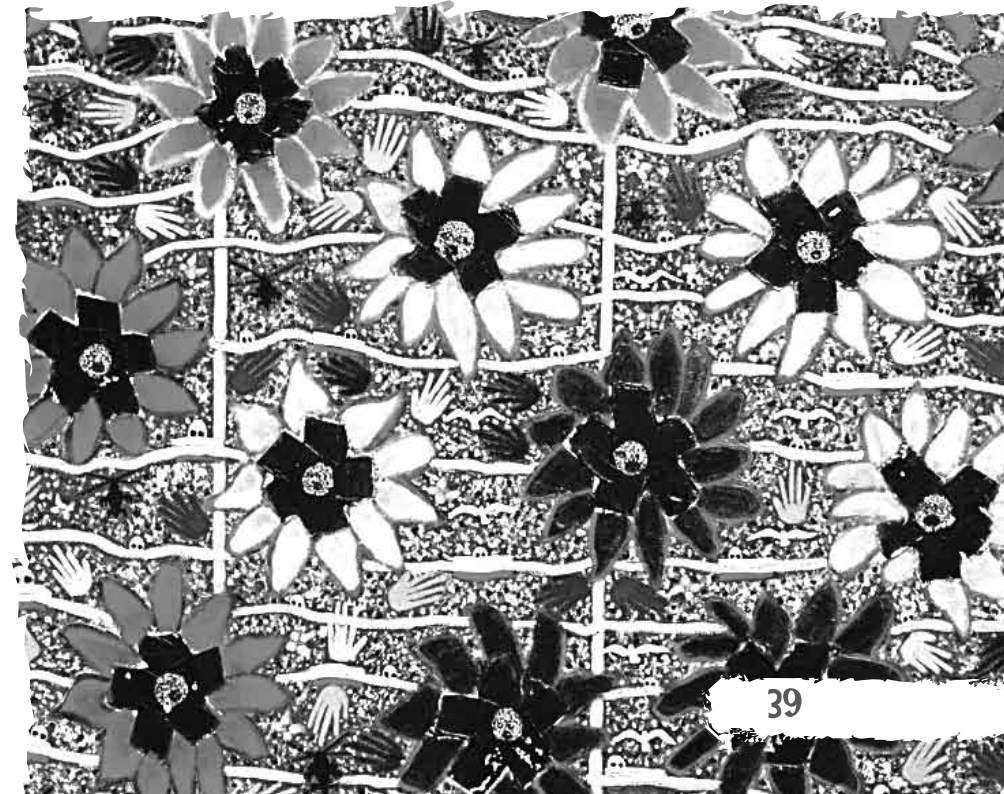
Nosotros trabajamos la pedagogía de la memoria, precisamente para visualizar estas cosas que están tan adentro. Trabajamos por ejemplo las relaciones de género a través del teatro foro, porque cuando tú te das cuenta en el escenario que puedes cambiar un rol por una interpretación diferente, entonces de repente todo está replanteado y de repente, hay todo un proceso de cuestionamiento.

Nuestro poder está realmente en fortalecernos a través de lo que es propio. Lo que nosotros queremos crear, es voluntad y juicio propio; ese puede ser el camino próximo para realmente no sentirnos perdidos.

Yo quiero recuperar lo humano de las historias de vida, para fortalecernos. Porque siempre se escriben historias de guerra desde el punto de vista del encuentro entre los adversarios de las batallas: quién ganó y quién perdió. Pero nuestra historia es precisamente la historia humana donde la gran riqueza que el ser humano tiene, es el saber quiénes realmente somos en nuestros anhelos y en nuestra creatividad; eso hay que sacarlo en las historias de vida, porque eso crea paz.

Lo otro es pensar que la guerrilla está luchando contra los militares; entonces ambos están usando el mismo mecanismo del adversario, desconocen que las personas tienen muchos matices y que el ser humano es más que un contradictor.

No tenemos que enseñar valores, sino recuperar la riqueza de lo que es el ser humano en su tejido social y en su relación con el otro, porque así destruimos lo que es el poder del victimario o el poder del guerrero, porque para mí los guerrilleros o los militares o los paramilitares tienen la misma lógica.



Tenemos que entender esta lógica y a través de la memoria histórica, tenemos que recuperar precisamente las otras historias y no reducirnos a esta relación en la cual siempre, cuando se encuentra el enemigo o el que es guerrero con su adversario, siempre se construye la omnipotencia que cae en la impotencia y se invisibiliza a la víctima.

Una víctima ya no es parte de una vida interesante porque en ese momento es un ser que grita en el suelo o un ser que muere, que ya no representa futuro. Siempre es una falla en nuestra forma de trabajo sobre la memoria histórica porque nos enfocamos mucho en el cómo fue el hecho tan horrible que nos hizo sufrir tanto, en el cómo nos volvimos víctimas y no en cómo era la persona que luchó o la persona que era parte de una familia o parte de un movimiento social. Para mí el ejemplo más grande fue cuando estuve con las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina; ellas realmente me dijeron: éramos madres de hogar, no sabíamos nada de nuestros hijos y al escuchar a otras madres nos dimos cuenta de la magnitud y la visión que tuvieron nuestros hijos y allí nos dimos cuenta que somos las madres, pero que los hijos nos parieron; que nacimos al presente gracias a ellos; y ya hablamos de su visión de justicia social y de sus visiones de hermandad o de sororidad.

Yo creo que como no se puede enseñar valores, no se puede enseñar a la personas la riqueza que tienen. Por ello hay que ser creativos apoyados en una pedagogía distinta, que promueva encuentros, en los cuales el otro pueda descubrir quién es, para que cada uno, una vez que ha sentido esto, decida investigarlo a mayor profundidad. Creo que por eso tenemos que construir otra pedagogía, otra educación, que permita que el ser humano se sienta importante, el niño se sienta importante y las mujeres nos sintamos importantes por lo que estamos haciendo. Así vamos soltando la creatividad que nos fue negada, que fue aplastada y oprimida.

Sabor y Saber del Pacífico

Dioselina Satinga

Entrevista realizada por:
Norma Lucía Bermúdez

El conflicto armado le arrebató todo y para proteger a sus hijos y sobrinos, se vino a Cali a llamarse desplazada y a vivir hacinada, humillada y con todos los derechos violentados; extrañando los paisajes de su infancia y juventud, las comodidades de su casa en el barrio Lleras de Buenaventura, sus ingresos económicos, sus iniciativas de negocio y su local comercial; pero lo que más echa de menos es la comida. Su paladar, habituado a la deliciosa y nutritiva sazón del Pacífico, no puede acostumbrarse a comer solo arroz y lentejas duras, o “agua-panela” con pan. Su mayor fuente de nostalgia es el pescado fresco, los mariscos, la “papachina” y todas las delicias que sabe preparar y degustar.



Dioselina es la mayor de ocho hermanos y hermanas nacidos en Micay, Cauca. Desplazada desde muy niña de su bella región por un

crimen ecológico: la voracidad de un empresario de la madera que construyó el “Canal Naranja”, desviando un río para su beneficio y desencadenando una verdadera catástrofe ambiental y social. Mientras parte de la región quedó seca, otro río aumentó su caudal generando inundaciones; ahogamiento de jóvenes acostumbrados a bañarse en sus antes mansas aguas; muertes de millares de peces y otras especies; y hambre para decenas de familias que como la de Dioselina, perdieron sus cultivos y su modo de subsistencia.

La extensa familia de Dioselina Satinga llegó a Buenaventura, a finales de los años setenta. Allí murieron los padres, se acabaron de criar sus hijos e hijas y ellos formaron sus propias familias.

Dioselina construyó una familia nuclear con marido y dos hijos y una familia extensa, con hermanas en López de Micay, en Buenaventura y sobrinos en todo el Pacífico. Próspera negociante, derivaba su sustento de vender telas para cojinería de tractomulas en el puerto y pócimas de amor y potencia sexual para los camioneros. Son recetas secretas, que el abuelo sólo reveló al papá de Dioselina y éste sólo a Dioselina, pues la sabiduría de las plantas no es para todo el mundo.

Otro conflicto social que en el occidente de Colombia hizo historia, fue vivido por Dioselina en carne propia: La privatización de Puertos de Colombia. Con claridad de analista política, Dioselina logra relacionar las decisiones estatales derivadas de la apertura económica y el libre mercado, con los cambios sociopolíticos y el irremediable deterioro en la vida cotidiana de la población de Buenaventura:

“En Buenaventura existió Puertos de Colombia como empresa del Estado. Era la única empresa donde los habitantes de Buenaventura conseguíamos formas económicas para vivir dignamente. Llegó el momento en que el Estado colombiano resolvió privatizar Puertos de Colombia, ahora llamada Sociedad Portuaria, que es de unos socios, que son prácticamente los dueños de ella, porque ellos arrendaron, hicieron un convenio con el Estado y ahora mismo, ellos son los que administran el puerto. Cuando existía nuestra empresa Puertos de Colombia -digo nuestra empresa, porque de

ella dependíamos todos los bonaverenses- había un gran número de hombres y mujeres trabajadores portuarios, que trabajaban duro por un salario fijo; también podemos sumarle personas que trabajaban independientemente dentro del Terminal marítimo y con negocios alrededor de él. Cuando la empresa fue privatizada ya no tuvimos esas oportunidades, porque la Sociedad Portuaria ocupó muy poca mano de obra y las poquitas personas que hoy trabajan ahí, reciben un salario muy bajo; por lo general es un salario mínimo y aun menos. A raíz de eso, Buenaventura entró en una crisis muy horrible, muy dura. Los muchachos se veían desocupados y por esa época fue cuando llegó la violencia a Buenaventura. Entre 1991 y 1992 vivíamos en una paz muy linda; pero después de eso se empezó a oír que había llegado un grupo violento a Buenaventura y fue cuando empezó a haber matanzas de jóvenes. La justificaban diciendo que eran los paramilitares que estaban haciendo limpieza. Luego se oía hablar de la guerrilla, Las Fuerzas Armadas de Colombia, FARC, que invitaron a algunos muchachos desocupados a vincularse a ese grupo. Fue entonces cuando empezaron los enfrentamientos y las bombas. A raíz de esta violencia producida por el conflicto armado, empezamos muchas personas a emigrar de nuestra ciudad a desplazarnos para otras ciudades”.

Es así como a partir del recuerdo de la Buenaventura en la que tuvo sueños, echó raíces y se sintió segura y confiada en la vida, Dioselina reconstruye sus años previos al nuevo desplazamiento:

“Vivíamos en el barrio Lleras; teníamos nuestra propia casa; yo tenía un local en la avenida portuaria de donde devengaba mi salario para vivir con mi familia y mi pareja era embarcador (persona que cuenta las cargas y agiliza papeles). Vivíamos dignamente, vivíamos tranquilos y como pobres, teníamos lo necesario para vivir... Yo también tenía una tiendita en la casa, donde vendíamos gaseosas y otras cositas; esa tiendita la administraban mis hijos cuando estaban”.

Así, en medio del recuerdo de lo construido en su paso por Buenaventura, llegan también los recuerdos del conflicto armado y cómo un día tocó a su puerta:

“Un día cuando llegué a la casa, estaban mis hijos asustados y me comentaron que habían llegado primero unos 6 muchachos y compraron gaseosa. Cuando yo llegué a la casa, no hacía mucho tiempo se habían ido otros 4 muchachos que les habían dicho a mis hijos que ellos les vendían cosas a los de la guerrilla y que nosotros nos teníamos que ir de ahí. Cuando ellos me contaron eso, ahí mismo yo le avisé a mi pareja y acordamos desocupar e irnos. Porque cuando ellos dicen ‘tiene que desocupar’, uno no puede esperar, ha habido personas que han perdido la vida por no hacerlo”.

Dioselina relacionó su situación con la de tantas y tantas familias del Pacífico colombiano, una de las regiones que mayor número de habitantes ha aportado al desplazamiento forzado en los últimos años en el país:

“Por esa época, cuando la gente desaparecía, uno sabía que se habían desplazado, porque eso estaba era como de moda; uno ya sabía que había problemas y que les había tocado que desplazarse; también sabíamos de muchas personas, muchos muchachos o muchachas que eran desaparecidos. Eso se está dando mucho en Buenaventura. Antes de desplazarme yo permanecí sin poder dormir durante tres meses; no podía conciliar el sueño y los nervios se me alteraron de tal manera que yo temblaba. Por eso, cuando llegué a la casa y mis hijos me contaron lo que les habían dicho, no hubo otra cosa que pensar sino ‘tenemos que irnos, tenemos que desocupar’. Mi hijo tenía 15 años y la niña 14 años”.

Además de la tragedia personal, Dioselina relata cómo se destruyen vínculos familiares y vecinales, cómo se destruye la comunidad y el tejido social:

“Uno cuando se va no le dice a nadie; si a ti te dicen que en este momento te tienes que ir, entonces tu sabes qué tipo de persona es la que te lo está diciendo y sabes a lo que puede conllevar el que tú te quedes; entonces tú no te puede ni voltear, ni ir para donde está tu mamá; tú debes buscar la forma de salir de allí como sea, así es la forma como uno se desplaza: calladito”.

Este relato cobra especial gravedad, no solo por la destrucción de intangibles como son el capital social, la confianza y las organizaciones, sino porque en el caso de los grupos étnicos, se destruyen las posibilidades construidas tras siglos de resistencias: el territorio, la cultura, la autonomía y los derechos colectivos; conquistas históricas que quedan seriamente amenazadas en su realización por los intereses económicos y políticos que en la última década, con estas características, ha tomado la forma de etnocidio.

Una vez desarraigadas, las personas o familias hacen grandes recorridos, a veces a pie, como en las películas que representan los éxodos; otras veces de incógnito, en transportes públicos a horas inusuales para no ser detectados:

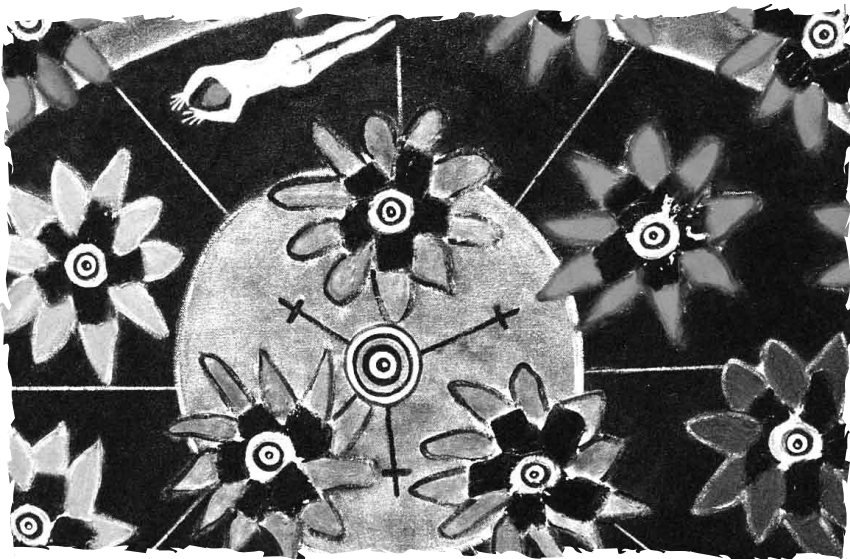
“Nos vinimos a vivir aquí a Cali. Eso fue el 4 de mayo del año 2007; allá en Buenaventura quedó todo. Al mes yo declaré en la Unidad de Atención y Orientación de Desplazados, UAO, y me sentía tan mal que no fui capaz de decir que nos habían amenazado y me preguntaba el señor y yo le dije que nos sacaron prácticamente de ahí donde vivíamos. Entonces a raíz de eso llegamos aquí a Cali, al barrio Potrero Grande; nos vinimos en bus, donde una hermana; nos vinimos mi pareja, mi dos hijos, otro hermano que ya murió y dos sobrinos; todos vivíamos ahí. Cuando yo ya estaba aquí en Cali, llamé al presidente de la junta del barrio Lleras de Buenaventura, y entonces él me hizo llegar una carta aquí, para declarar el desplazamiento”.

Las pérdidas que se inician con el desplazamiento no terminan en ese hecho. Solo es el principio de una serie de pérdidas que sigue relatando Dioselina:

“Mi hermano a raíz del desplazamiento, murió del corazón. Él estaba muy preocupado porque a uno le toca es dejar todo y al llegar aquí encuentra otra manera de vivir. Allá él, por ejemplo, trabajaba en el muelle, era bracero independiente, trabajador portuario independiente y aquí él no tenía un muelle dónde ir a trabajar; entonces todas esas cosas a él le afectaron mucho... se enfermó y entonces un día el corazón falló. El tenía a su cargo dos niñas, eran

sus sobrinitas, pero él declaró ser el jefe de la familia; yo declaré a mi núcleo familiar: mis dos hijos y mi pareja. Después de la muerte de él, tenemos a las niñas entre las dos hermanas. Ellas están bajo nuestra custodia, a veces las tiene ella, a veces las tengo yo”.

Sin embargo, Dioselina se apoya fuertemente en sus creencias, y en las relaciones más cercanas, entre ellas, la de su pareja: “Él es una persona que se acomoda mucho a la situación; ambos somos conscientes que tenemos que luchar mucho y tratar de salir adelante”.



Salir adelante sabiendo que, como expresaba su hermano, los saberes y las experiencias acumuladas en su tierra no son valorados de la misma manera en la ciudad; sabiendo que tienen que ocuparse en lo que resulte y no en lo que saben y quieren hacer:

“Acá mi vida es muy dura y triste a la vez; empezando por la alimentación y terminando por la vivienda; pero a pesar de todo pues mis hijos ya tienen un año de estudio aquí en Cali y pues ahí estamos tratando de luchar para salir adelante y volvernos a enraizar, pues todavía estamos desarraigados. Ahorita estoy viviendo en el barrio

Alirio Mora, ahí estamos pagando una piecita. Ahí nos rebuscamos la vida como podemos; en esa pieza vivimos seis personas y ahí estamos; yo a veces trabajo el día lavando ropa o haciendo algo y mi pareja sale diariamente a ver si encuentra algo en que trabajar, pero él ya no puede hacer trabajos muy fuertes, porque tiene 65 años y el trabajo que encuentra aquí es bastante duro, es en la construcción; él antes trabajaba en construcción pero ya no lo puede hacer por su salud”.

Uno de los grandes choques que tienen las personas desplazadas es el cultural. Llegar a otros paisajes, encontrar otras costumbres, estar en lugares donde nadie los conoce, nadie los respeta y donde tampoco entienden los códigos y dinámicas locales, es parte del trauma. Así lo expresa Dioselina:

“Pues voy a empezar por el vecindario: cuando nosotros llegamos al barrio Potrero Grande, que es un barrio también muy pobre, porque está conformado por personas que vienen de las invasiones, fuimos muy bien tratados, pues ellos también son personas que como nosotros no cuentan con recursos. Pero allí se da violencia a nivel de pandillas, a nivel de inseguridad y de las drogas. Comparativamente allá en Buenaventura en ese aspecto la gente es más sana, en cambio aquí en Cali eso es muy fuerte. Uno sale a caminar y a uno la cabeza le da vueltas.

A ese barrio, Potrero Grande, llegamos por una hermana que vivía ahí, pues como le dije, no teníamos para pagar un arriendo; pero le digo, a mí me ha perjudicado mucho llegar a ese barrio por mis hijos; allí es muy difícil la crianza de los muchachos. Las familias vienen de invasión, o sea que hay mucha gente que ha sido hasta indigente y que llegaron a la invasión, colocando unos plásticos sobre unos palos para meterse allí a vivir. Hay personas de bien, pero también hay muchas personas que no lo son; y entonces hay una tensión social muy fuerte; nosotros venimos de unos lugares donde hemos vivido sanamente; desafortunadamente ahora Buenaventura está azotada por la violencia producida por el conflicto armado; pero Buenaventura era una ciudad como se dice “Costa Pacífica”, era un ciudad muy pacífica, donde uno vivía muy tranquilo. Yo recuerdo

que hace veinte años, nosotros podíamos ir a reuniones al centro de la ciudad y por ahí regresar a las diez u once de la noche, sin problemas ni miedo: como yo era de una comunidad religiosa, nos veníamos por la calle primera hasta el barrio Lleras y a esa hora, a las 12 de la noche llegábamos a la casa tranquilos sin ningún problema. Ahora a uno le da miedo salir de la puerta de la casa, porque uno no sabe dónde esté la bomba o dónde haya un enfrentamiento. Para salir de la casa e ir a mi local en Buenaventura, cogía una moto y no era lejos; pero no sabía si en el camino podía encontrarme con la explosión de una bomba o con un enfrentamiento armado; sin embargo para mí, a nivel psicosocial, todavía Buenaventura es muy distinto a algunos barrios de Cali”.

Es así como las personas perciben lo nuevo como una situación más amenazante a la anterior, pues en sus lugares de origen ya se sabían mover. Pero hay algo que alimenta aún más su añoranza del pasado, algo tan sencillo y poderoso como la alimentación:

“La parte de la comida ha sido difícil, por que uno por más que quiera, no puede tener la alimentación que nosotros teníamos en Buenaventura y eso es duro. Nos vamos adaptando, pero poco a poco. El pescadito fresco con toda la savia, todos los mariscos y camarones, son fáciles de conseguir allá y a la vez allá la alimentación es muy sana; por eso uno puede mantenerse bien. Aquí aunque a veces consigo con qué comprar un pescadito, no lo compro por que ese pescado ya está seco en el congelador, ya no tiene más la savia que tiene un pescado, ya no tiene ese sabor de los mariscos que uno está acostumbrado a comer. Ahora la dieta son granos y aunque a los muchachos sí les gusta mucho, a uno ya viejo pues no. Entonces ya lo cocino para que los hijos coman y se vayan adaptando a la alimentación del día”.

A Dioselina también la mortifica lo que tuvo que dejar en Buenaventura:

“La casa está sola, y una hermana y un familiar cuidan de mi local; ellos van a trabajar en la mañana allí por la tarde; pero cuando salen tienen que sacar la mercancía y se la llevan; el local queda solo”.

Ya casi no le quedan esperanzas de volver a Buenaventura:

“En este momento como están las cosas, no puedo regresar porque allá están desapareciendo gente; pero si algún día volviera la paz, si yo me diera cuenta que de verdad ha llegado la paz, yo regresaría. Pero en estos momentos no quiero, yo con solo decir, voy a ir a Buenaventura sería como caer en una enfermedad muy grave. Y entonces, me conformo con seguirle el paso a los acontecimientos desde lejos; a veces me entero por televisión o por personas de allá que vienen y me cuentan cómo está la cosa. Hay muchas cosas que no se saben; ni las mismas autoridades se dan cuentan; allá hay personas que desaparecen y la familia no puede denunciar porque si denuncia ya saben lo que les pasa... entonces las autoridades no se dan cuentan y las noticieros menos”.

A pesar de las pérdidas, muchas de las personas desplazadas, especialmente mujeres, generan nuevas fortalezas en medio de la tragedia; logran pasar del análisis individual de su drama, a una mayor comprensión del contexto que alberga millones de dramas similares y se dan cuenta que no son casos aislados:

“Lo que he podido comprender es que el Pacífico colombiano posee muchas riquezas naturales. No hay más explicación sino que hay varios grupos compitiendo por las riquezas de Buenaventura: hay un grupo que quiere ser el más poderoso y se quiere quedar con el puerto y las tierras e igual le sucede al otro grupo y así... Lo cierto es que todos los grupos han utilizado a la gente del Pacífico y los gobernantes se aprovechan y trabajan por sus propios intereses; a la mayoría de los gobernantes les interesa el conflicto armado que hay en Colombia, porque a ellos les entra mucha plata”.

Tampoco ignora Dioselina que la indiferencia es el principal problema que a su vez genera muchos otros:

“Si Buenaventura le hubiera dolido al país, o sea a los gobernantes, no tendríamos este problema, porque Buenaventura era una ciudad pequeña, que ellos hubieran podido controlar desde cuando se inició el conflicto; ahora se volvió un elefante. Si cuando inició el problema

se hubiera puesto control, las cosas hubieran sido diferentes. Pero no hay interés. Recientemente el gobierno pudo liberar del secuestro de la guerrilla de las FARC a Ingrid Betancourt, ex candidata presidencial y a otros 14 secuestrados; a ellos los sueltan y está muy bien la forma como el ejército efectuó la liberación, como haya sido; a mí eso me parece muy bien y muy bueno porque ellos estaban privados de su libertad, ellos necesitaban respirar y necesitaban vivir como queremos vivir todos. Pero es que se le da mucha más importancia a ellos, que a los desplazados. Del secuestro sacaron a 15 personas; pero el gobierno parece ignorar que cada jueves llegan hasta 27 personas al albergue de la Fundación PAZ Y BIEN, una Organización No Gubernamental que trabaja con los pobres en el Distrito de Aguablanca de Cali. Eso pasa semanalmente y estoy hablando únicamente de una sola organización. ¿Cuántas personas llegan a Cali a diario, a la semana o al mes? ¿y cuántas en el país llegan desplazadas a las ciudades?: Millones!... entonces, no hay equidad en la balanza”.

Con sus análisis sobre la realidad, sus iniciativas para la sobrevivencia de los desplazados y con su creciente capacidad organizativa, Dioselina pronto se ha convertido en líder de la colonia de Buenaventura y de otras colonias del Pacífico en el Distrito de Aguablanca. Ella, aunque tiene problemas para escribir, se ha vuelto experta en el tema de los derechos ciudadanos: en presentar derechos de petición, tutelas y reclamaciones; en presentar proyectos productivos y en asesorar a otras familias para que no se dejen arrebatar de nuevo el derecho a ser tratados como ciudadanos. Ha sido una abanderada de los derechos ante la Oficina de Acción Social encargada del Programa Presidencial para la atención a la Población en Situación de Desplazamiento.

Así describe algunos de los principales conflictos que ella detecta en esta institución:

“Nosotros, las personas desarraigadas, estamos viviendo gracias a la protección de Dios, con la fuerza que Dios nos da para seguir adelante. Y la lucha que estamos batallando es para no dejarnos morir. Yo tengo ya dos años y dos meses de estar viviendo acá en

Cali; he recibido del Estado tres meses de alimentación y tres meses de arriendo. ¿Pero qué pasa con los otros once meses?. Entonces puse una solicitud de prórroga hace ocho meses ante la oficina de Acción Social. Esa solicitud me la contestaron diciendo que me iban a hacer una visita domiciliaria; pero ellos saben que uno es desplazado, que uno está pasando trabajos!, entonces no hay que visitarlo. Es que tal vez piensan que seguro en esos tres meses uno tiene que haber conseguido mucha riqueza. Bueno, pues me quedé esperando la visita domiciliaria. Como a los siete meses dije no, eso no puede ser así!; entonces formulé una tutela contra la Oficina de Acción Social y se las coloqué. El juzgado décimo civil falló a mi favor y les dio 48 horas para cumplirme. Yo creo que ya han pasado más de 15 días y nada. Fui hace como 6 días a la Oficina de Acción Social y la funcionaria me dijo: ‘y ¿usted por qué nos entuteló?, ¿fue por qué no le hicieron la visita?’, y yo le contesté hombre, esa pregunta hágasela allá al juzgado décimo. ¡Me molestó tanto! Entonces llené un acta y luego me hizo un papel, según ellos los beneficios que hay de cuenta de Acción Social. Me lo pasó para que firmara, le dije: no, yo primero voy a leer. Me dijo: entonces hágase allá, porque aquí necesito campo. Yo me fui, la leí y al ir a firmarla, ella me dijo: ésta también fírmela; yo la leí y allí decía que yo entutelé porque no tuve la visita domiciliaria; yo le dije pero cómo así! y me hizo reír. Ella no entendía nada; le dije ‘pero usted aquí dice eso’ y el asunto es que yo no como visita, ni tampoco me alojo con una visita; yo necesito es una prórroga. Entonces ella me dice: ‘ah no, está mal’, entonces no la firmé y me tocó formularle un desacato ante el juzgado y así el 21 de febrero del 2009 me entregaron \$650.000 como prórroga. ¡Y eso durante más de un año!. Ahora, tienen una abogada en la Oficina de Acción Social y entonces es ella la que lo manda a uno y envuelve a la gente, así de esa manera. Y hay personas desplazadas hasta desde el 2002 que no han recibido ni un mes de auxilio para el arriendo”.

La lectura crítica de los programas de Acción Social la extiende Dioselina a los procesos de estabilización socioeconómica del Estado:

“A algunas personas les entregan por ahí \$200.000 para que pongan un proyecto productivo; porque ellos se conforman cuando uno les dice que quiere colocar una venta de arepas o comprar un platón de chontaduro para vender o hacer una fritanguita de no sé qué; ellos son felices con eso; aunque según ellos mismos la Ley dice que el aporte puede ser de \$1.500.000. Ahí hay un señor que capacita. Yo hice una capacitación. Hice un pequeño proyecto. Ese señor cuando lo va a capacitar a uno le coloca un ejemplo: “mire si yo a usted le compro dos bolígrafos que me valen \$500 pesos, usted los puede vender cada uno por \$500; luego regresa y compra cuatro y así durante el día, ¿cuántos bolígrafos vende?... entonces, ¿qué es lo que él está haciendo?: le está lavando el cerebro a la gente, para que diga ah yo con cualquier \$50.000 o \$200.000 puedo trabajar: ese



es el proyecto productivo. Esa es la maquinaria que tienen montada ahí. Yo monté mi proyectito que costaba como \$3.500.000, pero yo no sabía el valor específico que ellos tenían para eso, y entonces ese señor me sale diciendo: ‘pero si a usted Acción Social le consigue, \$800.000, usted sí puede trabajar con ello’. Entonces le dije ‘si con lo que usted me enseñó me sale por \$3.500.000 por qué Acción Social me da sólo \$800.000, eso significa que yo no podría trabajar’; entonces ese señor le dio y le dio vueltas a eso, hasta que subió a \$1.200.000; yo ya estaba muy azarada, y le dije: ¿sabe qué? dejemos el proyecto ahí; yo ya no voy a trabajar en ese proyecto’ y ahí quedó. Me han llamado como dos veces y no he ido; ahora voy a elaborar uno por \$1.500.000 y voy a ver con qué me van a salir, porque la otra cosa, es que ellos le hacen creer a uno que con \$1.500.000, ya está reparado y ya se sanó su problema de desplazado. Entonces también por eso no lo he hecho. Pero ahora que ya tengo más claro, voy a elaborar mi proyectico para coger \$1.500.000 para hacer cualquier cosa”.

Desde su sabiduría, Dioselina comprende que la reparación en este país para las principales víctimas del conflicto armado, las familias desplazadas, es mucho más que un platón de chontaduros o una pequeña curita para tapar una herida enorme y sangrante.

Con mucha dignidad, Dioselina es ahora la coordinadora de un grupo de embajadoras del Pacífico, maestras que enseñan a preparar las delicias gastronómicas de su territorio. Con escasos recursos, todos gestionados gracias a la amistad entre personas de organizaciones amigas, ellas enseñan desde cómo observar la frescura de un producto de mar, hasta la historia del Pacífico caucano, sus sabores, sus bebidas y sus trucos de cocina. Ella hace parte también del Colectivo de Noviolencia, desde donde espera fortalecer opciones para resolver los conflictos de manera pacífica y creativa. Y espera dejar a sus hijas e hijo una herencia menos dolorosa que la que viven en la actualidad.

A Dioselina nunca se la ve desanimada o inmóvil. Se indigna ante las injusticias y esto parece darle mayor impulso a sus empeños. Sin actitud mendicante, es capaz de expresar sus necesidades, deseos y peticiones, como también de ofrecer lo que tiene: sus saberes. No se queda quieta o callada en ningún espacio. Aprovecha cualquier ocasión para interrogar a la gente: funcionarios, amigas, vecinos y grupos y también para dejar espinitas clavadas de reflexiones sobre qué hacer para mejorar el mundo.

Esta es la mujer-memoria afropacífica, gozona, enamorada de la vida, sabia y rebelde: es Dioselina.

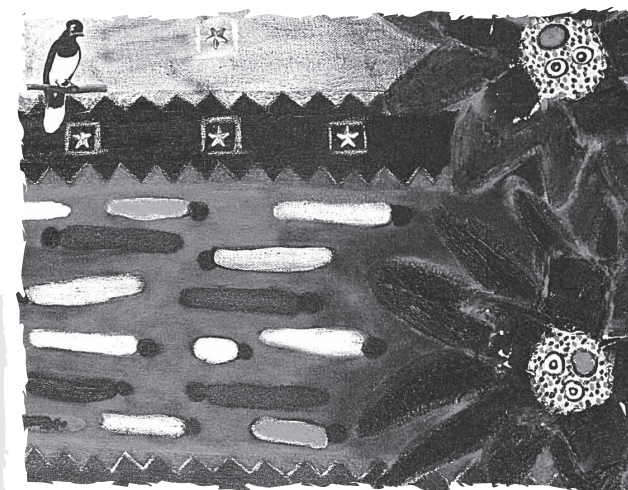


La Teatrera de Aves del Paraíso

Edna Carabalí

Entrevista realizada por:
José Rodrigo Valencia

Este es el testimonio de una mujer valerosa que hoy en día se gana la vida vendiendo helados en el Parque Lineal Alameda Sol de Oriente, localizado en el Distrito de Aguablanca de la ciudad de Cali. Ella asiste al taller de actuación dictado por el Teatro la Máscara, que hace más de tres años fundó el grupo "Aves del Paraíso". Sus participantes son mujeres, madres e hijas entre ellas, que tienen en común el que todas padecieron alguna vez, junto con el resto de sus familias, los efectos de la violencia generada en sus lugares de origen por parte de los grupos armados.



Este grupo se inició, por la necesidad de denunciar los atropellos de las instituciones públicas de la ciudad, quienes enviaban información errada a las centrales estatales de Bogotá sobre el desplazamiento forzado en Cali; reportaban que el desplazamiento forzado “no tocaba a la ciudad”, por lo cual había incertidumbre sobre los auxilios. Fue en ese entonces, cuando la Fundación Paz y Bien, ubicada en el Distrito de Aguablanca y dirigida por la hermana Alba Stella Barreto, motivó a las familias para hacer una obra de teatro que fuera presentada a la comunidad e incluso llevada a las plazas públicas, con el propósito de que la gente se diera cuenta sobre la realidad del desplazamiento en Cali.

En esas estaban cuando se encontraron con Lucy Bolaños, directora del teatro La Máscara; ella decidió apoyarlas y enriquecer ese trabajo de denuncia a través del arte, con el propósito de utilizar el teatro para la reparación emocional de estas mujeres en situación de desplazamiento.

Edna, hace parte de esta propuesta creativa y artística; ella da fe de sus circunstancias, sus vivencias y su proceso de sanación espiritual como efecto de su participación en el trabajo teatral del grupo “Aves del Paraíso”. Todos los lunes por la tarde, ella se reúne con sus compañeras para aprender y hacer teatro bajo la guía y acompañamiento de Susana y Antonio. El grupo ya cuenta con tres montajes en los cuales han representado, con cantos y actuaciones, diversas perspectivas del conflicto del país, en el contexto de sus costumbres y tradiciones.

La historia que a continuación se presenta está basada en una entrevista realizada bajo la anuencia de la Fundación Paz y Bien que aceptó la propuesta del colectivo Mujeres Pazíficas de Cali de entrevistar a algunas mujeres del grupo “Aves de Paraíso”. Edna fue una de las seleccionadas y he aquí su historia:

“Nosotros ya sabíamos de la presencia de grupos paramilitares cerca a la vereda. Todo transcurría normalmente hasta ese día, como si nada pasara. Tiene uno que vivirlo para saber lo que se sufre con todo esto. Cuando uno no siente las cosas es porque no es el

pellejo de uno. Estábamos bien y contentos. Eso es un decir no más, porque hacía tres días habían matado a Germán Valencia, hermano del yerno nuestro, esposo de Juana María, hija de crianza mía. Iba bien el día hasta la una p.m. que llegaba el camión (la “chiva”) y esa vez no aparecía por ningún lado. No se le escuchaba venir. No llegaba y mi nieto viajaba en ella siempre después del colegio; él tendría unos dieciséis años pa’ esa época. Como a las cuatro, vino a aparecer mi muchacho a la finca.

“Nosotros estábamos a la expectativa por saber qué era lo que pasaba. La espera ocurría cuando se varaba la chiva y se demoraba en arrancar. Pero esta vez una cosa rara me tenía como “pegada al techo”; luego mi nieto lo confirmo.

“¡Mijo, qué pasó! -Le pregunté y él estaba muy nervioso, temblaba y se le iba la respiración.

“Nos amenazaron abuela, nos amenazaron!. Tenemos que irnos, toda la gente de la vereda. De lo contrario van a empezar a matarnos a todos.

“¿De qué está hablando usted mijo?

“Los “paras”, abuela. Los paramilitares, mamá... mataron a Abelardo... él se asustó y salió corriendo. Entonces le dieron por la espalda; mi nieto lloraba mientras contaba, aunque él es muy fuerte. Se calmó un poco y siguió:

“Nos pararon a mitad de camino, después de Timba. Eran varios. Nos hicieron bajar a todos de la chiva. Nos separaron los hombres de las mujeres. Nos requisaron a golpes, empujándonos, nos quitaron la plata, se robaron los mercados, le quitaron la plata de los pasajes al chofer, a don Mario, a él lo golpearon feo, mamá. Abelardo, no sé ni en qué momento salió corriendo. Lo primero que se escuchó luego, fue la metralleta de uno de ellos y luego Abelardo cayó al suelo. Nadie gritaba, apenas se escuchó el gemido de las señoras y los niños no paraban de llorar. Los “paras” ordenaron que nos calláramos. Hablaban entre ellos, luego a nosotros nos

hijueputearon. Como dos horas nos tuvieron ahí parados. Cuando nos hicieron subir a la chiva nos dijeron: ‘¡Súbanse parrandada de hijueputas! Que vamos a quemar esta chiva con todos ustedes ahí dentro, si no se van. Díganle a la gente de la vereda que no esperen a que subamos, porque vamos a acabar hasta con el nido de la perra’.

“Hilé todo: la muerte del finado Germán, lo de la chiva y el asesinato de Abelardo en medio de la gente; eso era un preaviso para la comunidad. Pobre Doña Rosa, no ha de ser fácil. Mi nieto estaba muy asustado. Tembló contándonos todo lo que les hicieron. ¿Acaso tuvimos tiempo para pensar?; era decidir entre cuidar lo material o la vida: nuestra familia, los hijos, los nietos. Inmediatamente recogimos lo que pudimos: maletines, costales al hombro, algo de ropa. Todo se quedó allá. Nuestro trabajo, las herramientas, nuestra casa, la tierrita, los animales, todo, absolutamente todo. En esos momentos no se piensa en nada, la verdad sólo en salvar la vida. Entonces, con unos cuantos corotos, uno se siente repleto de cosas.

“Fueron como dos horas desde que mi nieto llegó con ese cuento tan tremendo. Teníamos que irnos de la vereda. A las seis y media, anocheciendo, se veía la caravana de personas, todos mudos, llenos de miedo, cargando sus corotos. Con la angustia y el temor de encontrarnos a esa gente en el camino. También había incertidumbre respecto a la situación ¿A dónde ir, a dónde llegar, a quién buscar?. Son muchas cosas las que se sienten y se piensan. Uno iba allí, como acodado con sus parientes. Pudimos sacar el jeep y llevar a algunos vecinos con nosotros. Igual íbamos al mismo ritmo de los que iban a pie. Caminando no más con el dolor de dejar todo. Lo material no podrá serlo todo en la vida, pero era lo de uno. Se vivía tranquilo con la venta de comidas. Me iba bien cocinando, acecinando el pescado – el bocachico - y ajándolo para la comida. Preparaba entonces tapado de pescado, empanadas, rellenas; hacía arepas, de todo hacía y me iba bien.

“En ese recorrido larguísimo y duro, uno se la pasa pensando y viendo a cada miembro de su familia. Mirando a las otras familias

que no se dicen nada tampoco. Imagínese usted 48 familias, todos llenos de incertidumbre. Anduvimos mucho. Yo no sabía qué hora era cuando pasamos por un caserío fantasma, donde encontramos una escuela deshabitada. Ya por ahí habían pasado los “paras”, porque se veía que habían saqueado. Allí descansamos unas horas para poder coger aliento pa’ continuar. Siempre huyendo de los “paras”.

“En el camino se fueron quedando familias donde sus parientes. Al final quedamos tres familias que llegamos a Jamundí como a las tres de la tarde: Vilma Acosta y familia, Juana María y familia y la mía. Cuando llegamos a la plaza, la gente se nos quedaba mirando no más. Pues claro, nosotros con nuestros corotos al hombro, cansados y asoleados. Además, tanta gente mirando pa’ dónde cogía, unos catorce allí parados.

“ Finalmente, Juana tenía a su comadre allá en Jamundí y ella nos dio posada. La comadre Eucaris, fue muy buena con nosotros los dos meses que estuvimos donde ella. Aún así los cuestionamientos no paran. ¿Por qué a uno le pasan estas cosas? ¿Qué tenemos que ver en todo esto? Uno hasta quiso volver. Algunos volvieron, fue el cuento. Pero para devolverse más tristes de lo que estaban. Jesús, mi hijo, regresó al mes. Se fue solo en el jeep, pero cuando iba por la Esperanza se lo quitaron. Allá se perdió el carrito que era lo único que nos quedaba. Como siempre, no se supo nada, no se supo cómo sucedió.

“Yo volví como a los tres meses. Fui a la finca a ver qué encontraba y no habían dejado nada. Todo se lo habían llevado los “paras”, digo yo, pues quién más?. Se llevaron las motosierras, los animales, los electrodomésticos, las camas, las tablas, los pocos muebles. Me acordaba de mis mulas. Fue muy triste volver y encontrar la casa de uno vacía. Además, pues no todos nos fuimos, algunos vecinos se resistieron a irse y los encontré muertos o desaparecidos.

“Uno no sabe nada. No nos explicábamos lo que había pasado. A uno le toca asumir todo esto y seguir pa’lante. Alguien nos dijo en Jamundí, que podíamos denunciar nuestro caso ante la Defensoría

del Pueblo. Allá los casos eran pocos y los rebotaban de oficina en oficina, pero sin ninguna respuesta. Como a los veinte días fue que expusimos nuestra historia.

“ A los dos meses decidimos buscar pa’ donde irnos, así fuera a pagar alquiler. Conseguí empleo, me puse a asar arepas, aunque siete libras no alcanzaban para vivir. Alberto no puede trabajar porque es discapacitado. Él no es como mi hijo mayor Gustavo que nació así, no: Alberto perdió sus dos brazos porque un árbol le cayó encima de ellos. Cuando eso, él trabajaba aserrando y pues ahora tiene prótesis. Entonces siempre es duro hacer el trabajo uno sola.

“ Así nos estuvimos nueve meses en Jamundí. Trabajando duro. Hasta que a mí me resultó trabajo en Palmira en una heladería. Fue entonces cuando tomé la decisión de dejar a mi esposo y mis hijos allá en Jamundí por un tiempo, mientras nos organizábamos mejor. Jesús nos colaboraba bastante. Allá terminó enamorándose y terminó quedándose.

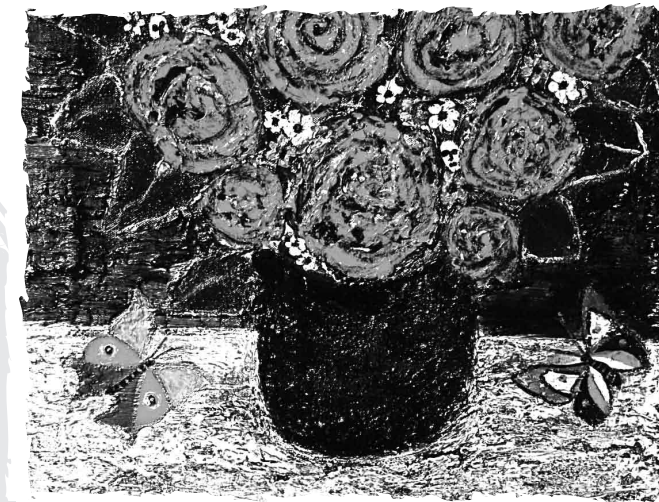
“Doña Cecilia era la dueña de la heladería en Palmira. Esa señora se fundió en mi dolor, en mi pena y me ayudó al máximo. Me aconsejó que buscara una Red de Solidaridad Social; me dijo que teníamos todo el derecho a alguna ayuda. Yo no sabía nada de eso, que el Gobierno debía devolvernos lo perdido. Fue lo primero que hice. Viajé muchas veces a Cali. Entonces, trabajaba el doble, hasta muy tarde y desde muy temprano. Por eso ella me ayudaba. Sacábamos como trescientos helados diarios. Trabajaba harto para que me diera más fácil los permisos. Ese era mi trabajo y por él respondía. Muy diferente de lo que hacía en la finca. Este trabajo fue por mi familia, mi esposo y mi hijo, porque mi hija Juana ya tenía su esposo y gracias a Dios habían logrado acomodarse aunque con dificultades y mi hijo Jesús, pronto consiguió organizarse y formar su hogar.

“Sin Dios nada podemos!, por encima de él no hay nadie ni nada. A mí me tocó buscar de cero un nuevo futuro en la ciudad. La vida acá es horrible y diferente. Mucho más, después de haberlo tenido todo y haber vivido en tanta paz. En el campo todo es distinto, limpio; todo al alcance de las manos, fruto del propio trabajo de uno, que

se logra luchando. Dios es todopoderoso y para uno ayudarse hay que tener mucha fe. Te da, pero te tiene que coger trabajando. Al tiempo que me rebuscaba, rezaba, lloraba, hacía el santo rosario, le rogué a la Virgen Santísima. Yo no soy evangélica, soy católica. Pero, siempre he creído que hay algo más que todo eso.

“Acá en Cali eso era horrible. Por el barrio El Lido quedaba la Oficina de Acción Social, ahora conocida como la UAO (Unidad de Atención y Orientación de Desplazados). Las colas eran largas, aunque sólo daban 25 fichas para una cola de dos cuadras. Eso era tremendo, ¡Dios bendito!. Pero yo seguí insistiendo, hasta cuando apareció un señor que nos dijo que nos fuéramos para Navarro. Allá había una invasión. Además, nos dimos cuenta que seríamos como 700 familias que saldríamos beneficiadas con unos ejidos, que por derecho, nos pertenecían. Así nos hablaba el señor, que se convirtió en un líder para nosotros, aunque teníamos los nuestros, pero él nos informaba sobre lo que debíamos hacer: le dábamos como de a mil quinientos o dos mil pesos -lo que tuviéramos- y él nos llegaba con fotocopias de los formularios que llenaríamos para que el Municipio nos diera nuestros lotes.

Era un beneficio muy grande. Las esperanzas no llenan pero mantienen nuestra realidad nos llevó a seguir a esas personas que nos aconsejaban, porque pensábamos que nos hacían un bien. El día de la entrega, año y medio después de voltear, de ir y venir, llegué con mi esposo y mi hijo, cargando lo poco que teníamos. Ellos se vinieron de Jamundí, yo de Palmira. Allá dizque iba a estar la Defensoría del Pueblo, también gente de la Oficina de Derechos Humanos y hasta la policía protegiéndonos. Pero



todo terminó siendo puro cuento! ¡La policía acabó con todo!. Algunas familias ya habían armado sus ranchitos, habían enrejado con guada y alambre. Los menos, armaron cambuches con cartón, latas y plástico. Estaban contentos. Todos lo estábamos.

“Cuando llegamos, vi humo por todo lado y la policía haciendo guardia con cintas impidiendo el paso. Le dije a mi esposo que esperara con Gustavo y los corotos. Me entré como pude y vi a la gente que estaba llorando. Otros tenían rabia manteniendo la pelea. Le pregunté a una señora sobre lo qué pasaba y me dijo “¡Mija!, de aquí hay que irse. Esto no es de nadie. Nos están echando, mija!. Así que coja sus cosas y váyase”. Estaban quemando todo, tenían retroexcavadoras y bulldozers destruyendo los ranchos. No entendía por qué pasaba eso. Fue horrible. Me sentí con ira, tristeza y desasosiego. Era la situación misma que se repetía de nuevo.

“Volvimos a perder y no teníamos pa’ donde irnos. Fue cuando nos dijeron que podíamos irnos para la escuela Daniel Guillard en el barrio Lagos Uno que está en el Distrito de Aguablanca.

Allá había una invasión, toda de desplazados. Muchos de los que estaban allí habían estado esperando su lote en Navarro y les tocó devolverse p’allá, p’la escuela. Yo los seguí con Alberto y Gustavo, que igual no teníamos pa’ donde irnos. Pero allá también llegó el gobierno a sacarnos, a quemar nuestras cosas, ¿y qué nos solucionaban?.

“A veces fue muy duro. Por mucho tiempo lo fue. Yo me iba caminando desde Lagos Uno, imagínense, hasta la oficina del Lido, pa’ llegar allá a que me devolvieran o me dijeran nada o que hay que seguir esperando. Los comentarios de las señoras de esas oficinas no sólo era que en Cali “desplazados no había”, sino también decir que nosotros mentíamos, que no éramos ningunos desplazados, que además estábamos muy gorditas y con los cachetes rosados, como para decir que estábamos aguantando hambre. Cuando es por el mismo estrés que una se engorda y por venir de la montaña los cachetes se ponen rojos acá. Porque hemos pasado hambre, frío y calor, además de uno enfermarse. La lista de sufrimientos es interminable.

“No sólo quisieron sacarnos de la escuela y quitarnos lo poco que teníamos, sino que no nos solucionaban la situación que llevábamos cargada por tanto tiempo aquí en Cali. Se fueron hasta la invasión a sacarnos de allí. Pero esta vez apareció la hermana Alba Stella, que dirige la Fundación Paz y Bien, aquí en el Distrito de Aguablanca y nos defendió. A ella le estoy totalmente agradecida, pues con su ayuda he logrado salir adelante, amoldarme a la ciudad y nos dijo: “a ustedes no los pueden tirar a solar ajeno así nada más”, que había otro modo de hacer las cosas. Fue así como pudimos demandar. Las 700 familias demandamos y sólo un 30% no salieron favorecidos.

“Yo, gracias a Dios -sin él no seríamos nada-, ya tengo mi casa por “Derecho a vivienda digna”. La fe, nunca la perdí y ahora hasta compongo canciones, alabanzas, escribo poesía. Eso me gusta. Me siento bien haciéndolo. Las circunstancias de la vida me han llevado a actuar y a cantar. Yo me río de eso, porque cuando fui niña, alguna vez llegó un circo al pueblo y con una amiga salimos a verlo a media tarde; entonces uno de los señores que trabajaba en él, nos propuso trabajar en el circo, nos dijo que sería muy divertido, que viajaríamos y todo eso. La verdad, yo no me imaginaba en una cosa de esas, haciendo malabares ni nada de eso. Tendría que ser con la hermana Alba Stella, cuando nos propuso a las mujeres organizarnos y hacer una dramatización para un evento en el cual denunciáramos las irregularidades de la UAO y de otras oficinas; nos invitó a no quedarnos callados, porque andaban diciendo que aquí en Cali nosotros no existíamos, ¡imagínense!. Nos unimos como treinta personas e hicimos algo con nuestras actitudes y en la presentación, remedamos a esas señoritas de las oficinas; allí fue que nos conoció Doña Lucy, del teatro la Máscara y nos propuso trabajar y aprender.

“Así fue. Doña Lucy armó un taller, nos puso a actuar y a cantar. Se presentó incluso la oportunidad de irnos pa’ Bogotá a un foro al que fuimos tres: Paulina, Yolanda y yo. Nos fuimos con la verdad y tres canciones en las que denunciábamos la holgazanería de la UAO en Cali.

“A pesar de todos los tropezones, esto es lo más lindo que nos ha pasado: hoy me encuentro con mi esposo, con mi hijo siempre a mi lado y con todas las personas que nos han brindado su apoyo. Me mantengo en pie; siempre vendiendo mis helados, que fue lo que me dejó el haber trabajado con Doña Cecilia. Acá sentada o yendo de un lado a otro por el Parque Lineal, siempre acompañada por mi hijo Gustavo”.



La fuerza del vivir Recordando

Paulina Rivas

Entrevistada realizada por
José Rodrigo Valencia

Cuando se dio el primer encuentro con Paulina Rivas, me regaló como tres cigarrillos “Boston” que fumé mientras ella contaba su historia. Al final de la entrevista me terminó de abrir por completo su corazón al prestarme un libro de poemas de María Mercedes Carranza que su esposo, El Turco, le leía en las noches, antes de dormirse. Así mismo, con la ayuda de su compañero, ella, que no sabía leer, se aprendió de memoria los diálogos del libreto para actuar en la película “Perro come Perro”. Y también ellos estudiaban juntos los decretos y leyes que salían a su favor o en contra, para enterarse y no pasar por engañados o manipulados por los funcionarios de las instituciones gubernamentales.



En la entrevista se le dejó hablar y se le dio plena libertad para que contara todo lo que a bien tuviera e hiciera su propio relato. Fue así como Paulina contó su vida desde que sus padres la trajeron al mundo, a veces con dolor y a veces con alegría.

Ella antes de morir, y los suyos, hizo parte de las estadísticas crecientes de familias que son obligadas a pasar dificultades por la disputa por un territorio que sólo les pertenece a ellos, pero del cual se quieren apropiarse en conflicto.

En ese entonces, en la invasión de Daniel Guillard del Distrito de Aguablanca de Cali, Paulina y su familia vivía en una casa que conservaba la construcción de las casas del campo: esterilla, guadua, tabla, el piso enterrado y con una amplia ventana siempre abierta para que entrara la luz y el viento, sin ningún temor por intrusiones. En el frente de la casa había una silla y varias bancas artesanales donde ella se sentaba a conversar con los dos nietos; la silla era para Paulina. Cada tarde ella se sentaba allí a fumarse sus cigarrillos, cuando estaba descansando de las colas y las visitas a las oficinas destinadas para la atención de las familias en situación de desplazamiento en el centro de la ciudad.

Durante la entrevista, Paulina estaba pasando por momentos difíciles; su salud no iba bien y a pesar del cansancio, habló con mucho ahínco recordando cada tropiezo y escalón ganado en su vida. Mi libreta de apuntes se llenó en cuatro horas que duró la primera entrevista, hasta cuando empezó a caer la noche. Recuerdo que le ayudé a transcribir unos datos que llevaba su hija, cuando ella manejaba lo de las Comunidades de Paz, porque se estaban borrando y ella no quería perder esa información escrita en lápiz. Allí tenía la lista de personas y familias que habían sido afectadas por la violencia, discriminando a las mujeres embarazadas, los niños, los hombres y las mujeres enfermos, su población de origen y la totalidad de los habitantes. Al final hicimos la cuenta contabilizando que el total de familias era de unas setecientas, provenientes de 15 pueblos del Pacífico. Todo lo anotaba en el camino.

La transcripción del testimonio se dio luego de varias conversaciones. Los encuentros se repitieron antes y después de la entrevista formal, porque al principio Paulina era muy esquiva y estaba cansada de que le hicieran entrevistas “pa’ resolver nada.” Todos con el mismo interés de llevarse su historia y prometerle el cielo y la tierra con ayudas que nunca se presentaron. Fue muy grato verla en persona, dicharachera, con su acento del Pacífico y sus ganas de hacer mucho; pero se cansaba con facilidad.

He aquí su relato:

“Nací en Bojayá, Chocó, pero me crié en Riosucio, de donde era mi mamá, Paula Medina Morelo. Mi papá, Marcial Rivas, era de San Juan. Mi mamá se separó de él muy rápido, porque la estaba engañando con una vecina. Mi abuela me contaba que fue mi mamá la que lo dejó por un embrujo que le hizo la otra mujer. Ellas eran “mujeres contrarias” y cuando la vecina pasaba por el rancho de mi mamá, se gritaba dos “perras”: “dicen que yo, dicen que yo” y entonces mi mamá desde adentro de la casa le contestaba: “haré porqué, haré porqué”.

“Mi mamá terminó aborreciendo a ese marido y no duró con él sino cuatro meses. Después le tocó coger otro, del que tuvo como fruto a mi hermano, Ernesto. Pero a ese marido también lo dejó porque era muy pegón. Le pegaba mucho a mi mamá y a ella le tocó dejarlo. Ya con el último marido duró 40 años; ella murió en el poder de ese hombre. Con él tuvo siete hijos. Pero fue un padrastro que nos hizo la vida difícil a mi hermano y a mí. Fíjese que a mí desde pequeña me tocó duro: Que hay que cortar leña –Paulina, Ernesto, vengan. Que no hay pa’ comer –Paulina, Ernesto, vayan a pescá. Que sembrá el arroz, el maíz, el chocolate, los frutos; que rozá el monte pa sembrá. Que tumbá el monte y dejále libre el espacio a las ramas pa’ brotá; pá’ eso estábamos Paulina y Ernesto, pá’ dañarnos las manos y los pies con las pitas. Muy difícil me tocó desde pequeña.

“Yo tenía catorce años cuando cogí marido, Domingo; él era de Riosucio. Déjeme le cuento. Él tenía un hermano, Victoriano, que murió ahogado por un embrujo que le hicieron. Él era enamorado y

dio con una mujer casada que tenía dos hijos con su esposo Hipólito. De un momento a otro Victoriano apareció con una barriga, así de grande, y la abuela d'ellos decía: A Victoriano le hicieron brujería, porque esa barriga inflada, así de grande, no es cosa de enfermedad conocida. Y él se murió ahogado.

Entonces la abuela llegó y dijo que eso así no se quedaba. Le dijo a Domingo cualquier día: “Domingo, convidá a los hijos de Hipólito a trabajar al monte pa’ poder darle al brujo a uno de los dos. Así esa mujer va a sentir el dolor que yo he sentido al perder un hijo”.

“Domingo los llamó y acordaron ir a trabajar el fin de semana. Se les iba a pagar por trabajar en el monte. Me acuerdo que allá hasta la comida se la daban al trabajador. No como hoy o como acá. Bueno, estaban trabajando y Domingo les dijo que iba a mirar si el almuerzo ya estaba listo. Era medio día y justo, llegó allá y encontró servido, se sentó a comer y llamó a los dos muchachos, gritando, que estaba servido y siguió comiendo. Cuando lo escuchó María Corina, que así se llamaba la abuela, salió de la cocina, atravesó la sala de la casa y metió un grito que hasta los vecinos escucharon; ya los muchachos se estaban empezando a tomar su sancocho.

-Ay mijo, Domingo, andá laváte la boca ya mismo; laváte la boca, que eso que te estás comiendo es el plato envenenado, mijo!

“Domingo, se levantó asustado y hasta voltió esa comida; salió corriendo y se fue por la salida trasera de la casa, pues allá las casas están construidas así, grandes, con puertas pa’ todo lado, no colindan sino con la montaña y el río; no es como acá, que si uno se va a saltar el cerco no puede, porque cae a la casa vecina y tendría uno que pedir permiso. Él salió directo pa’l río, pero nada. Los vecinos llegaron y preguntaron: qué pasa María Corina, qué tenés abuela. Ella se delató de una, porque los muchachos salieron corriendo, con el miedo de que uno de ellos se iba a morir sólo con probar un bocado de comida. Y la gente no dijo nada, porque sabían la historia de Victoriano y esa mujer casada.

“Domingo no aguantó, se empezó a retorcer: que le mordía, que le picaba, que le latía y de un momento a otro esa gusanera le destapó una nalga y le dejó un hoyo grandísimo quedando el ambiente lleno de una fetidez que iba lejos. No aguantó sino cuatro días.

“Me quedé sola, con mis hijos; los cargué y me devolví pa’ donde mi mamá y allá me puse a trabajar, vendía aguardiente y cerveza, sembré arroz y maíz. Luego con la plata que tenía, empecé a vender queso y un tiempo después, vendía cortes de tela, que las mujeres del pueblo me compraban pa’ hacerse sus vestidos. Es ahora cuando venden todo hecho. En esa época las mujeres se vestían a su manera, a su gusto. Yo me conseguía mis cortes pa’ venderles y ellas se hacían sus faldas, sus vestidos completos y sus tocados en el pelo.

“Me acuerdo tanto que entre la familia nos reuníamos y trabajábamos juntos, en Comunidad, hacíamos minga: un día nos íbamos pa’ donde el uno y otro pa’ donde el otro, a trabajar el campo, a mejorar los ranchos, a labrar la tierra. Nos iba bien. A mí me iba bien, pasando trabajos, que es un decir, porque uno como mujer tiene que ver con todo en el hogar, eso sí.

“Me la pasaba yendo de Riosucio a Turbo, que es donde le dan remedio a los perros pa’ ponerlos pa’ la caza. De Turbo pasaba a Apartadó, adonde me iba a vender fritanga a los balnearios: llevaba huevos cocidos, papas y empanadas; bueno, de todo. Por allá fue que me conocí con “el Turco”, que tenía una finca bananera. Su nombre verdadero es Manuel Santos Valolle. Le dicen “el turco” porque cuando nació en esa época, andaban unos extranjeros que venían de Turquía y él nació más claro que oscuro, ¿sí me entiende? Se ganó ese apodo desde pequeño.

“Resulta pues, que él desde que me vio se enamoró de mí. Pero yo no andaba pa’ enamoramientos; no pensaba en eso. Entonces un día se me acercó y me dijo: “Vamos a tomar fresco a “Aladino”, entonces yo le respondí: ¿Qué?, yo no puedo dejar mi fritanga, yo estoy trabajando y esto es pa’ mis hijos y pa’ mí. Entonces él me respondió: ‘Hágale. Sume todo; yo le compro todo y nos vamos a

aguardientiar al balneario de Luis Antonio. Y eso se lo lleva pa' su casa, pa' comérselo con sus hijos'.

“Pues yo dije que sí. Sumé, le cobré y él me pagó. Le dije que me esperara, que yo iba a mi casa a dejar todo. Pero lo dejé metido y no volví. Me quedé en mi casa con mi comida pa' mis hijos. El se quedó esperándome como por tres o cuatro meses cuando lo volví a ver. Pues resultó siendo compañero de mi hermano Ernesto, que se había ido a prestar servicio militar. Entonces Ernesto empezó a calentarme la oreja: que yo cómo le había hecho eso a su “conti”, que mi “conti” es buena gente, que me convenía. Y vea, me junté con el Turco y todo eso. Salimos adelante, teníamos tres casas y yo seguí comerciando con su ayuda.

Hubo una época en que salieron de moda los relojes tres tornillos, los mejores, costaban como \$3000 y me lo compré. Resultó que por esos días habían aparecido unos panameños, que andaban de turistas y se enamoraron de mi reloj. Me pidieron que se los vendiera, que era que ellos no conseguían de esos relojes en Panamá y de conseguirlos en el comercio irían a ser muy caros. Eso era muy cierto, porque allá lo que entraba era de contrabando y de Panamá. Yo accedí y se los vendí por \$3700, que en esa época era muchísima plata. Tanto, fíjese, que con eso compramos un casco pa' ponerlo a trabajar cruzando el río. Además, pusimos una residencia: Residencia y Estadero el Totumo, “El 3700”, porque todo lo que empezamos a conseguir le fuimos poniendo “El 3700”. Al casco, a la tienda, a los bafles del equipo de sonido. Luego todo eso empezó a producir y conseguimos 5 motores fuera de borda, dos cascos más, un Yamaha 40-Enduro y un Marine 25 con motores 09. Después pusimos una tienda mixta, una miscelánea, donde se conseguía de todo, desde medicinas, hasta esmalte de uñas, papelería, de todo había y todo tenía la marca de “El 3700”.

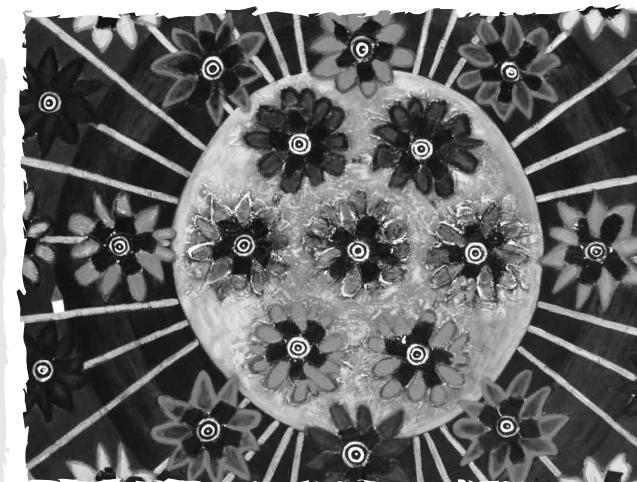
“El Turco, se volvió Inspector de policía como por diez años. Y así habíamos completado quince años de vivir juntos, cuando se dio el primer desplazamiento en 1997, en marzo, un día lunes. A todos nos tocó salir corriendo, los que alcanzamos, pues. Faltaban veinte minutos pa' las cinco de la mañana cuando escuchamos los

explosivos, balas y ruidos de botas en la calle. Nos tocó irnos, dejar todo. Salían mujeres en pijamas, hombres en calzoncillos, a todo el mundo se le veía en cualquier facha porque no hubo tiempo de nada. Eso fue en Salaquí, Riosucio. Dios no quiso que muriéramos.

“Una vez más las dificultades aparecían. Estuvimos como un mes y medio viviendo en el monte, cerca al río Truandó. Fue entonces cuando a mí se me ocurrió comenzar a formar comités. Ya nos habíamos empezado a organizar allí. Pero los grupos armados seguían en la zona. Todo estaba muy difícil. Le dije al Turco esto y empezamos a andar de pueblo en pueblo. Conocimos por todos lados, andando confiados, porque allá nadie roba a nadie, como en los circos, como los que predicán el evangelio, sólo que en vez de maleta cargábamos un equipo de sonido, música. La gente siempre nos recibía, nos conocían en todos lados y donde nos necesitaban, llegábamos a organizar la comunidad. Con estancos, sacábamos en consignación aguardiente, cerveza y se vendía fritanga.

“Se hacía de todo con la gente, nos colaborábamos. Hasta que hubo un destierro definitivo como de 700 familias que fuimos ayudadas luego por la Hna. Rosa y el Padre Leonidas. Ellos nos llevaron a Pavarandó, Antioquia. Allá recibimos mucha ayuda y duró como del 98 al 2000, año en que empezaron a aparecer muertos, gente nuestra, gente de por ahí cerca del pueblo, y gente que nos ayudaba, gente de la comunidad. Eran el ejército y los “paras” que nos tenían rodeados.

“ El lío en estas tierras desde siempre, ha sido por su riqueza. Esto se empezó a llenar de una industria maderera que lo destruía todo. Todo lo contaminaba. En el río se morían los pescados por el veneno que le echaban a



la madera, para que no se la comiera la polilla. Talaban los bosques. Nosotros no teníamos electricidad ni acueducto; nada de eso pero vivíamos bien. No había industrias y por eso fue lo de los comités. El padre y la hermana nos aconsejaban, nos hablaban sobre nuestros derechos, sobre lo que era nuestro; nos aconsejaban que peleáramos por todo eso, que al fin y al cabo, nunca habíamos existido para el Gobierno, que si ahora se habían acordado, había sido pa' destruir, no para ayudar, pa' desterrarnos, pa' tener que vivir un éxodo forzoso.

“Los ‘paras’ no se iban a ir y nosotros tampoco. Entonces, al menos pedíamos que a la comunidad se nos dieran unos galpones, plantas de luz, marranos, dos vacas y un toro pa' nosotros estar bien y continuar con lo que éramos y siempre habíamos sido, gente del campo. Fíjense, esto acá son tierras muy ricas naturalmente. Hay madera, hay pescado, hay minas de sal, de cal, carbón, oro. Los alimentos, todo acá es bueno. Son tierras muy explotables. Además, en Turbo, que ya es Mar Caribe, colinda con el canal de Panamá. Entonces, las ambiciones son perversas. Por acá hay mucho buque de alta mar, el mar también está lleno de petróleo y además la droga (coca, marihuana), imagínese usted. Ellos también quieren las tierras pa' sembrar palma africana, pa' sacar aceite, ¿pero cómo va a dejar uno que acaben con los animales del monte y los del río?. La misma gente se empezó a enfermar porque el agua del río se contaminaba con el veneno que le echaban a la madera. Los pescados no se podían comer.

“Entonces, formábamos comités de mujeres que hacíamos las veces de voceras para las peticiones. Nos reuníamos con los hombres y ellos nos decían que más fácil nos atendían a nosotras las mujeres. En su mayoría las mujeres estaban solas con sus hijos porque sus maridos habían muerto y siendo cabezas de hogar la situación se dificulta muchísimo y así mismo les tenían que ayudar con mayor razón y prestar atención a sus palabras.

“Hicimos de todo. Nuestra cultura nos integraba en comunidad y lo que teníamos era música, refranes, quejas, peticiones, denuncias que en los ratos libres volvíamos canciones. Por ahí empezó lo de

cantar. Esa es la cultura del negro. Ya sería por los muertos que aparecían, por las amenazas y demás, que el padre nos reunió y nos dijo que era mejor irnos. Nos llevó a Medellín y nos consiguió pa' viajar a todos. Unos se fueron pa' Cartagena, otros pa' Cauca... ¡pa' todo lado pegamos!

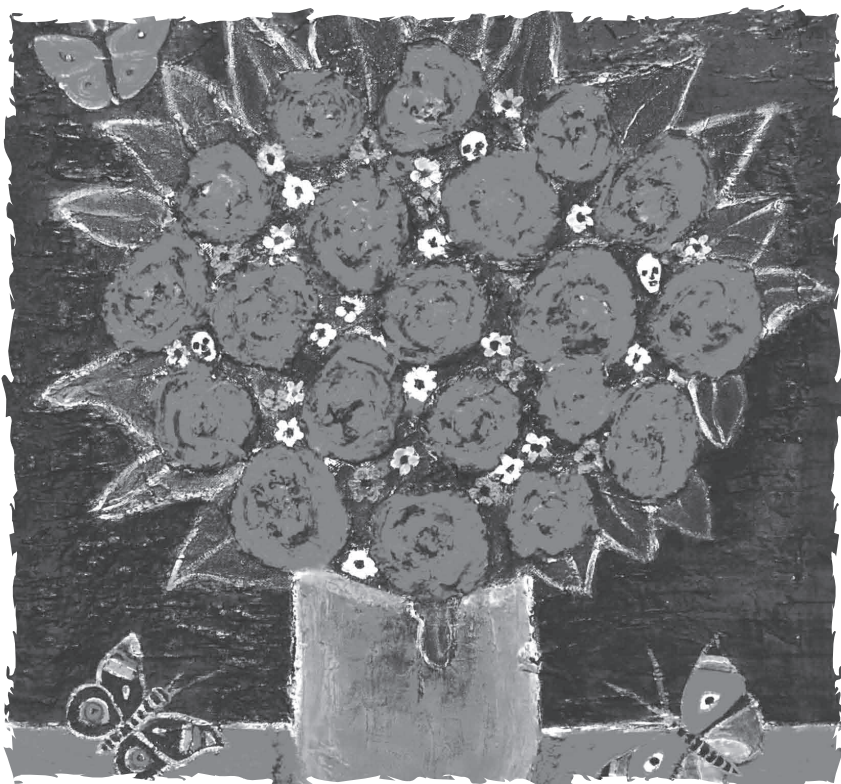
“Nosotros decidimos venimos pa' Cali. Eso fue como en el 2001 y acá nos la pasamos de un lado pa' otro; de Cali a Sevilla, de Sevilla a Tuluá. Luego conseguimos quedarnos como nueve meses en Monte Loro, gracias a un hacendado que luego de ser desplazado, consiguió dos fincas. Una la cogió pa' él y la otra nos la dio a nosotros. Pero de allá salimos volados, porque la guerrilla y el ejército empezaron a pelear y nosotros en medio.

“Nos devolvimos pa' Cali, que es donde estamos ahora, aquí en el sitio llamado Lagos Uno, que es una invasión toda de gente desplazada que se acomodó en la Escuela Daniel Guillard. Nos enteramos que en Navarro se estaba organizando la comunidad para conseguir un lote que iba a dar el Gobierno y que a nosotros nos podía tocar uno de esos por nuestra condición. Pero resulta que de allá, el día de la entrega, nos saca la policía. Queman unos ranchos que habían construido y a otros los destruyen con *Bulldozers*. De allá conseguimos volver a la invasión de Lagos .

“Lo que pasó en Navarro, fue que nos habían dicho que esos eran ejidos, terrenos baldíos, que no le pertenecían a nadie y que por derecho deberían de habérsenos otorgado a nosotros. Pero nada. De aquí mismo intentaron sacarnos quemando todo, destruyendo y es entonces cuando todos los afectados de Navarro y los de aquí de la invasión Lagos, decidimos demandar y divulgar el problema por los medios: prensa, radio y televisión; así fue la única manera para que se nos dejara en paz.

“Uno se pone a pensar que llora o muere del dolor. Esto es muy duro, uno después de haber tenido prosperidad, tener que vivir la discriminación por el color de la piel o por el acento. Es muy difícil la ciudad cuando uno viene del campo. Aquí uno no puede hacer lo de antes, nada es de nadie. Lo miran a uno con desprecio. Las oficinas

de la UAO (Unidad de Atención y Orientación de Desplazados) son racistas. Otros sacan provecho de la situación del desplazado pa' ganar dinero haciendo entrevistas, libros y reportajes. Y uno nunca alcanza a ver nada del testimonio que ha dado. Todo el mundo le promete a uno pero no cumple. Hay está esa "carta cheque", que pa' mi casa, pero que no se puede cambiar todavía porque está el valor del beneficio, pero nada concreto y palpable pa' poder gastarlo y conseguir una casita. Aquí vivo con el Turco y dos nietos. Yo nada hago sin él y él nada hace sin mí. Si yo compro algo lo pongo a nombre suyo y mío y él hace igual. Hay gente que nos ha ayudado mucho, nos ha guiado pero no es suficiente cuando los que deben soltar la plata la tienen amarrada. Lo de siempre".



Cuatro

Historias del desarraigo

Entrevistas realizadas por
Gloria Velasco

1. ALICIA ARAGÓN

Mi nombre es Alicia Aragón, tengo 52 años, en la cédula dice que nací en Buenaventura pero yo sé que nací en López de Micay, en Nariño. Yo vivía en el barrio Lleras en Buenaventura, en mi casa con mi yerno y mi hija. A mi yerno los grupos armados le decían, porque era un muchacho joven, que se alistara al grupo de paramilitares y él no quiso; entonces lo amenazaron y él tuvo que salir de allí, pero como yo vivía en la misma casa con mi yerno y mi hija, pues aunque el amenazado se fue, eso no fue suficiente porque días después, se me presentaron cuatro hombres vestidos de civil y me dijeron que me daban 20 minutos para que yo desocupara la casa; yo me desplazé sola porque ya mi hija y mi yerno se habían ido.



Me vine para Cali pues porque uno viviendo en Buenaventura es la ciudad más cerca; de lo contrario me hubiera tocado esperar una lancha que sale cada ocho días para irme a López de Micay que fue donde nació. Pero como no podía esperar, pues 20 minutos son 20 minutos y si usted en esos 20 minutos no trata de irse, como le dicen, le toca a uno atenerse a las consecuencias y como uno quiere cuidarse de las consecuencias y como ya sabe qué es lo que le espera (la muerte) y como estaba sola, arranqué con lo que tenía puesto. Es que ya sabía que muchos de los vecinos a quienes habían amenazado y se habían quedado, los asesinaron. Es que esa gente cuando le dice a uno que se tiene que perder, uno tiene que irse, porque de cualquier manera corre peligro la vida de uno.

Entonces yo salí inmediatamente y me vine para Cali; yo tenía por ahí una platica para el transporte, así que salí a la autopista y cogí el carro; eso fue el 12 de diciembre del 2007, a las 2 ó 3 de la tarde. Llegué a Cali a la Terminal de Transportes; en el viaje venia una señora conmigo y yo le conté lo que me había pasado y que no tenía a dónde llegar acá; la señora vivía allá en el paseo del Jarillón del río Cauca y me ofreció llevarme para allá para que más o menos me ubicara. Y así fue que la señora me trajo. Yo no sabía dónde estaban mi hija y el yerno, pero esa señora me dio apoyo, llegué a su casa y allí estuve como un mes.

Durante ese mes casi no hice nada, pues uno no sabe para dónde coger y no tiene amigos. Yo permanecía en la casa todo el día y le colaboraba a la señora con el oficio, pero no es igual que uno trabaje, que tenga una entradita de plata, aunque la señora me colaboraba con la comida. Mi hermana estaba acá, pero yo no sabía dónde; no tenía su dirección; es que a veces la persona sale y no vuelve a tener comunicación con la familia que deja atrás.

Al mes declaré en la Unidad de Atención y Orientación de Desplazados (UAO) y me dieron la primera ayuda; hace poco recibí la segunda ayuda, pero ahora, en estos días, no estoy haciendo nada. Cuando aparece un día de trabajo voy y lo hago. Yo vivo con dos niñas desplazadas en una pieza, pues ahora tengo la ayuda de tres meses de arriendo; pero sale a \$100.000 mensual. Cuando no tengo, toca

que tratar de trabajar para no salir a pedir limosna. Yo no he salido nunca a pedir, porque en primer lugar es una cosa que para uno es duro, tener que extender la mano; hay unas personas que dan de buena fe, pero hay otras persona que dicen “esta señora tan joven y por qué no trabaja”; hay gente que cree que ya uno se acostumbró a esa vida, que tiene que vivir no más pidiendo, pero a mi no me gusta eso. Siempre me ha gustado trabajar poquito; pero trabajar, y con el sudor de mi frente, comprar hasta donde me alcance, sin tener que colocar la mano para que me den, porque es mejor uno trabajar que pedir; porque si uno se acostumbra a que todo se lo den, nunca es responsable de nada.

Mi vida acá en Cali ha cambiado mucho porque uno no tiene las cosas necesarias para sobrevivir, las costumbres son diferentes y además uno no sabe ni para dónde coger, porque no conoce nada; sólo después del tiempo se va dando cuenta de las cosas; pero al principio es duro porque uno llega a una ciudad sin que nadie lo conozca y no conoce para donde va. Eso es duro.

Muchas veces pienso que si a mí no me hubiera tocado salir desplazada de donde estaba, aunque era pobre, no me faltaba nada. Aquí hay muchas cosas que a uno le toca sufrir por haber salido de donde estaba; sea como sea, donde uno ha vivido toda su vida, si no tiene la plata del almuerzo, va donde el vecino de la tienda y él le fía el almuerzo; en cambio aquí no tiene a nadie que le dé la mano en ese desespero, no hay como a donde a uno lo conocen.

Como he dicho, aquí le toca a uno duro; pero mejor es vivo que muerto, porque si uno aconseja a otra persona y le dice que no se desplace y si ellos ven que no tienen otra opción, pues les toca venirse, porque cuando uno sabe que le va a llegar la muerte así, por amenazas, pues uno no la puede esperar y toca correr.

En estos momentos solo me falta un mes de ayuda de la UAO, porque ya me han dado dos y apenas dan tres ayudas; ahora no están dando mercado, ahora dan es un bono y uno va y compra lo que quiere, pero uno a base de eso no sobrevive; yo declaré que estaba sola, pero tengo la responsabilidad de dos niñas desplazadas

que tenía mi hermana, la una tiene 12 años y la otra tiene 8; ellas van a la escuela pero allá no les dan ninguna ayuda, lo único es que no pagan matrícula, entonces de esa ayuda de la UAO nos estamos beneficiando tres personas.

A mi hermana, la que vivía acá en Cali por fin la encontré por medio de otra hermana que yo llamé a Buenaventura y ella me dio la dirección y me dijo cómo la podía localizar. No vivimos en el mismo barrio, vivimos siempre lejos, yo vivo en Potrero Grande y ella vive en Los Naranjos, en una de esas casas de familia que son demasiado pequeñas, no hay espacio ni para una pareja; por eso yo me traje las niñas de mi hermana.

También encontré a mi hija; ella está viviendo en la costa, en Bocas de Satinga, allá hay trabajos del campo y siempre hay muchas clases de trabajo; igual no estamos juntas y es muy difícil para mí ir hasta allá. No sé si me acostumbraré a esta vida tan dura, pero no tengo otra opción si quiero seguir viviendo.

2. NICOLASA ARROYO

Me llamo Nicolasa Arroyo, tengo 52 años. Vivía por los lados del río Anchicayá, con mis cuatro hijos y mi marido; allá trabajábamos en terrenos ajenos, pero teníamos trabajo. Un buen día que estábamos en el monte nos metieron unos papeles por debajo de la puerta diciendo que nos esfumáramos, que desocupáramos el ranchito. Como nosotros no sabíamos leer, no sabíamos qué pasaba y nos quedamos tranquilos hasta cuando oímos que a un señor lo habían matado; en esas estábamos cuando empezó la “plomacera”, entonces salimos en canoa, ni gasolina teníamos; cogimos hacia el

río Sabaletas, pero los que estaban disparando, estaban por agua, por tierra y por el aire en helicóptero. La casa de mi cuñada se la quemaron y también nos quemaron nuestro ranchito, quién sabe quién nos lo quemó, nadie sabe por qué fue que lo hicieron.

Llegamos a Buenaventura y estuvimos un tiempo hasta que también nos quemaron la casa; nosotros vivíamos allá en la planta de Cascajal ya con tres hijos pues el otro se había casado. Hace 8 meses nos vinimos para Cali, nos salimos a andar, a pedir limosna, al uno, al otro, caminando. A nosotros no nos ayudaron en nada. Yo fui en Buenaventura a la Oficina de Atención y Orientación de Desplazados (UAO) y lo que me dieron fue láminas pero sin nada, sin madera, sin puntillas, nada con que reconstruir la casita de Buenaventura.

Ahora vivimos acá en Cali donde una señora amiga y ella nos da cositas, pero tenemos que buscar para comer y vamos a la galería, a recoger papitas que tiran al piso; otras veces nos dan cualquier cosa. Mi esposo está muy enfermo; lo operaron porque le dio peritonitis y está haciendo del cuerpo por una sonda, necesita otra operación para volverle a poner todo por dentro, pero no tenemos plata para nada.

Fuimos a la UAO, hemos metido la carta ya dos veces, pero no nos han dado nada; hemos llamado y no nos contestan, estuvimos en la Cruz Roja pero nos dijeron que ya había pasado mucho tiempo y que allá no nos daban nada porque teníamos que irnos para la UAO.

Aquí conmigo tengo a mi hijo menor, tiene 12 años, está matriculado en la escuela pero no tiene ropa, ni libros, ni nada; el otro que tiene 14 años está donde una amiga y el otro tiene 18 años, ese está allá en Buenaventura con un compadre. Acá ahora vendo pescadito, pero apenas da para vivir; también lavo ropa ajena, a veces me pagan \$30.000, otras solo \$10.000. Nosotros no tenemos trabajo y no hemos presentado tutela ni nada, porque como nosotros no sabemos leer...